

CAPÍTULO 4

LOS SIETE JUICIOS



Desde nuestro nacimiento, todos los hombres creemos en algún tipo de juicio u otro, como un juicio final después de morir cuando Dios pone las buenas obras de uno con sus malas obras en una balanza para ver si puede entrar o no en el cielo. Dios nos ha dado este discernimiento a propósito. Este temor del juicio es saludable porque es una buena motivación para vivir piadosamente.

Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y **ha puesto eternidad en el corazón de ellos**, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin. [Ecl 3.11]

...con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal. [Prov 16.6]

El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala. [Ecl 12.13-14]

Lo que vamos a estudiar en este capítulo va más allá de este juicio final que, de hecho, existe. Vamos a estudiar los siete juicios principales de la Biblia. No vamos a analizar cada vez que Dios juzga a un hombre o una nación en la Biblia, sino que vamos a ver las siete veces que Dios juzga a grupo grande en la historia bíblica. Estos siete juicios son los siguientes. Puede verlos también en una línea de tiempo al final de este capítulo.

1. El juicio de Satanás
2. El juicio del pecado en la cruz
3. El juicio del cristiano sobre la tierra como un hijo de Dios
4. El juicio del Tribunal de Cristo
5. El juicio de Israel en la Tribulación
6. El juicio de las naciones
7. El juicio del Gran Trono Blanco

EL JUICIO DE SATANÁS

...el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. [Juan 16.11]

Por este versículo (Juan 16.11) entendemos que Satanás, el príncipe y dios de este mundo (2Cor 4.4), ya ha sido juzgado. O sea, este juicio ya tomó lugar en el pasado. Este es, entonces, el primer juicio que la Biblia registra cronológicamente.

La rebelión de Satanás

Dios juzgó a Satanás por su rebelión que tomó lugar en lo que se llama “la brecha” entre Génesis 1.1 y 1.2. Esta brecha es un tiempo entre los primeros dos versículos de la Biblia en donde cabe toda una historia de intriga. Se trata de la primera creación sobre la cual Lucero, el quinto y grande querubín, reinaba como el primer ministro de Dios. Pero, algo pasó. Lucero se rebeló con una tercera parte de los ángeles y Dios lo juzgó.

Una descripción de los comienzos

Dios nos da una breve descripción de los comienzos de esta historia en Ezequiel 28.11-19. Este pasaje se trata de Satanás cuando todavía era el quinto querubín, el querubín protector llamado Lucero en aquel entonces (Isa 14.12-14). En los versículos del 11 al 14 podemos ver el estado original de Satanás; era el “querubín grande, protector”.

11 Vino a mí palabra de Jehová, diciendo:

12 Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.

13 En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspé, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunco, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación.

14 Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. [Ezeq 28.11-14]

La mención del rey de Tiro (v12) es en realidad una referencia a la criatura espiritual que estaba controlando al rey humano. La criatura espiritual era el querubín (v14) que estaba en Edén (v13), y estaba ahí aun antes de Adán (quien estaba en “el huerto” de Edén, no en “Edén” como este querubín). El querubín grande era un ser perfecto, lleno de sabiduría. O sea, cuando él fue creado y durante la primera etapa de su vida, no había más espacio en su ser para más sabiduría. Por esto sabemos que era sumamente inteligente y sabio. Era también perfecto en hermosura (“el más hermoso” de todos; v12). Fue hecho de piedras preciosas y tenía la capacidad de producir música de varios tipos (v13). Esta criatura era un querubín grande y protector (v14). Parece que protegía a Dios, porque estaba ahí con Él en Su santo monte. Satanás, en su estado original de Lucero, era una criatura única.

15 Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.

16 A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste... [Ezeq 28.15-16a]

En estos versículos 15 y 16 vemos el pecado que este querubín cometió. Por lo que dice el versículo 15, sabemos que él vivía y servía como el querubín protector por un tiempo. Lo sabemos por el “hasta que”, una frase que indica un lapso antes de que él pecó. Cuánto tiempo pasó, sin embargo, no lo dice. Lo que, sí, nos dice el pasaje es que en un momento dado se halló en él maldad (v15b). El querubín grande y

protector pecó contra Dios y según el versículo 16 su pecado tuvo algo que ver con “contrataciones” (hizo contratos con algunas otras criaturas). Esto parece ser una referencia a un engaño. Él le prometió algo a alguien por seguirle, y así metió a este “alguien” en su trampa, exactamente como engañó a Eva, y como nos engaña a nosotros hoy día prometiéndonos el mundo si sólo vendemos a Dios. A la postre, en vez de ser lleno de sabiduría, el versículo 16 dice que por sus contrataciones y su rebelión el querubín protector fue lleno de iniquidad (como si no hubiera manera de meterle más iniquidad). Lucero pecó, y lo hizo con creces.

16 ...por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector.

17 Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti.

18 Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran.

19 Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser. [Ezeq 28.16b-19]

Estos últimos versículos del pasaje describen el juicio de Lucero, el querubín protector. Por su orgullo (que se nota por la frase “se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura”) él corrompió su sabiduría (v17a). Estaba lleno de sabiduría antes (v12) y cuando pecó su sabiduría se corrompió. Ahora, está lleno de iniquidad (v16). Se le corrompió su sabiduría y ahora es una sabiduría “diabólica” (Stg 3.14-16). Así que, Dios lo echó del santo monte, de Su presencia (v16). Lo arrojó a la tierra (v17b; por esto Job 1.7 dice que él ahora siempre anda por ella) y un día de estos Dios lo pondrá “delante de los reyes” para que ellos lo vean por cómo es en verdad. En el versículo 18, vemos que su juicio tiene que ver con fuego. Dios lo quemó y lo quemará en “el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mat 25.41). El versículo 19 destaca esta parte futura de su juicio también diciendo que “espanto serás” (en el futuro). Esto nos hace entender que ya pasó su juicio, pero una gran parte de su sentencia todavía queda pendiente.

Una descripción de la rebelión

Isaías 14.12-20 nos da más detalles sobre el evento de la rebelión de Lucero, este querubín grande y protector.

¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. [Isa 14.12]

Aquí Dios lo llama “Lucero, hijo de la mañana”. Pablo menciona este aspecto del diablo en 2Corintios diciendo que todavía nuestro enemigo finge ser “el hijo de la mañana” (el ángel de luz).

Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. [2Cor 11.14]

Algo importante que hemos de notar aquí en nuestro estudio del juicio de Satanás es que durante el tiempo de Lucero, cuando él todavía servía a Dios (antes de llegar a ser Satanás), la tierra existía y había naciones en ella. La tierra de Lucero formaba parte de la creación original, la de Génesis 1.1 antes de la brecha. Cuando Dios creó la tierra en Génesis 1.1, la creó para que fuese habitada y fue habitada (con por lo menos los “hijos de Dios”).

Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que **formó la tierra**, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, **para que fuese habitada la creó**: Yo soy Jehová, y no hay otro. [Isa 45.18]

¿Dónde estabas tú **cuando yo fundaba la tierra**? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, Cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos **los hijos de Dios**? [Job 38.4-7]

Entonces en Isaías 14.12, en el contexto del mundo de Lucero en Génesis 1.1, vemos que la tierra fue habitada. Había naciones en ella antes de Adán y Eva. Lucero acabó debilitando estas naciones con sus “contrataciones” que vimos en Ezequiel 28.

En el siguiente pasaje de Isaías 14, se mencionan cinco cosas que Lucero quería lograr en su rebelión contra Dios (el número cinco es el número de la muerte en la Biblia).

13 Tú que decías en tu corazón: [1] Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, [2] levantaré mi trono, [3] y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte;

14 [4] sobre las alturas de las nubes subiré, [5] y seré semejante al Altísimo. [Isa 14.13-14]

Lucero quería subir al cielo, a la presencia de Dios, para establecer su trono ahí. O sea, quería quitar a Dios del trono de la creación y ser como Él reinando sobre todo. En esto vemos el comienzo del tema de la Biblia porque desde este comienzo en adelante, toda la Biblia se trata de este asunto: La lucha por el trono. ¿Quién va a reinar en la creación, Dios o Satanás? Así que, aquí la trama empieza.

Pero, Dios no se demoró. Juzgó en seguida a Lucero y su rebelión.

15 Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.

16 Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos;

17 que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel?

18 Todos los reyes de las naciones, todos ellos yacen con honra cada uno en su morada;

19 pero tú echado eres de tu sepulcro como vástago abominable, como vestido de muertos pasados a espada, que descendieron al fondo de la sepultura; como cuerpo muerto hollado.

20 No serás contado con ellos en la sepultura; porque tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo. No será nombrada para siempre la descendencia de los malignos. [Isa 14.15-20]

Aunque este pasaje habla del juicio como si ya tomara lugar (por ejemplo, “derribado eres hasta el Seol”), entendemos por lo que dicen otros pasajes de la Biblia que esta parte del juicio de Lucero (la parte de su sentencia) aún queda pendiente. Satanás todavía anda libre en nuestro mundo a pesar de que ya ha sido juzgado y condenado. Sin embargo, sólo es una cuestión de tiempo y se ejecutará su sentencia.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. [Apoc 20.10; después del Milenio]

Una descripción del resultado

La rebelión de Lucero causó una catástrofe universal en toda la creación. En Génesis 1.1 Dios creó todo el universo que constaba de los cielos y la tierra. Lucero, el querubín grande y protector, fue creado en aquel entonces también y por tanto existía en aquel mundo perfecto.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. [Gen 1.1]

El mundo de Génesis 1.1 era un mundo perfecto en todo sentido. En Job 38, se describe el proceso de la creación paso a paso, como si fuera la construcción de un edificio.

¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular. [Job 38.4-6]

La creación era perfecta, tanto que inspiraba alabanza y regocijo entre las estrellas del alba (ángeles) y los hijos de Dios.

Cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios? [Job 38.7]

No era la creación arruinada, oscura y bajo agua que vemos en Génesis 1.2.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. [Gen 1.2]

¿De dónde vinieron las aguas? No estaban ahí antes, en Génesis 1.1. ¿De dónde vino la división entre Dios y Su creación—la “faz” sobre la cual el Espíritu se movía? No estaba ahí antes. ¿Por qué hay tinieblas en Génesis 1.2 cuando sabemos que Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en Él (1Jn 1.5) ni tampoco en lo que Él considera una creación perfecta (Apoc 22.5)? ¿Cómo es posible que la creación de Dios (Quien es Luz; Juan 1.9) quedó en tinieblas? Vemos las respuestas a estas preguntas y otras que se nos surgen al contemplar Génesis 1.1 y 1.2 en el siguiente pasaje de Job 38. Después de la creación perfecta y bella, la que inspiró alabanza de los ángeles, vemos un diluvio universal.

8 ¿Quién encerró con puertas el mar, Cuando se derramaba saliéndose de su seno,

9 Cuando puse yo nubes por vestidura suya, Y por su faja oscuridad,

10 Y establecí sobre él mi decreto, Le puse puertas y cerrojo,

11 Y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, Y ahí parará el orgullo de tus olas? [Job 38.8-11]

Algo pasó en la creación original de Job 38.4-7 porque hubo un diluvio cuando las muchas aguas se derramaban saliendo de su seno (Job 38.8). En aquel entonces entró la oscuridad que no existía antes (Job 38.9). En la creación de Génesis 1.1 y Job 38.7 no había oscuridad, todo estaba lleno de luz exactamente como será otra vez en la eternidad (y un versículo en Eclesiastés nos ayuda a entender qué tiene que ver la eternidad futura con la pasada).

No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos. [Apoc 22.5]

Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y **Dios restaura lo que pasó.** [Ecl 3.15]

Dios puso una división entre Sí y algo (o alguien) en Job 38.10 porque dice que puso “puertas y cerrojo”. Estas puertas y el cerrojo se refieren a la misma “faz del abismo” que vemos en Génesis 1.2, la faz de las aguas que separó Dios en el tercer cielo de Su creación en el segundo. Alguien orgulloso (Job 38.11) quería entrar en la presencia de Dios y tomar Su trono (Isa 14.12-14). Este “alguien” era Lucero. Entonces, cuando él se rebeló, Dios paró su ataque con un diluvio universal que llenó el segundo cielo de agua y puso una división entre el tercer cielo (la presencia de Dios, donde hay luz) y el segundo (el espacio afuera, donde no había luz). Pedro habla también de este diluvio universal que Dios usó para acabar con la rebelión de Lucero (para más detalles, ver el Apéndice A: El diluvio universal).

Y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua [este es el mundo de Lucero en Gen 1.1]; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. [2Ped 3.4-7]

Las contrataciones de Satanás

Como vimos brevemente antes, el pecado de Satanás tuvo algo que ver con “contrataciones”.

A causa de la multitud de tus **contrataciones** fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector... Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus **contrataciones** profanaste tu santuario... [Ezeq 28.16-18]

Por lo que dicen otros pasajes de la Biblia, parece que él engañó a una tercera parte de los ángeles del cielo con unas promesas (“contratos” o “contrataciones”), como hizo con Eva en Génesis 3.

También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y **su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo**, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. [Apoc 12.3-4]

Estas “estrellas”, según la definición del mismo libro de Apocalipsis (Apoc 1.20), son ángeles, y el hecho de arrastrarlos con su cola muestra la voluntad de Satanás detrás de la caída de ellos. O sea, la idea de montar una rebelión no nació de los ángeles. Más bien Satanás “los arrastró” con las falsas promesas de sus contrataciones.

Estos ángeles de Satanás son los demonios que vemos tanto en los cuatro Evangelios. Algunos de ellos están ya encarcelados en el infierno, reservados para el juicio del Gran Trono Blanco. Pero estos sólo son los pocos que pecaron en los días de Noé cuando cohabitaron con las hijas de los hombres y produciendo una raza de gigantes.

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos. [2Ped 2.4-5]

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. [Jud 6-7]

Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios [demonios; ángeles de Satanás] que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas... Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre. [Gen 6.1-4]

Sabemos por otros pasajes bíblicos, como Mateo 8.28-29 que se trata de los endemoniados de Gadara, que todavía hay muchos demonios (los ángeles caídos de Satanás) que están libres en el mundo hoy. Aunque estos ángeles ya han sido juzgados, igual que el diablo, están siempre esperando su último juicio y la ejecución de la sentencia contra ellos. Así que, hasta entonces estarán libres, pero su condenación es segura.

La sentencia de Satanás

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. [Mat 25.41]

Hace tiempo Dios preparó un lugar de “fuego eterno” para el diablo y los ángeles que se rebelaron con él. Entonces podemos ver otra vez el hecho de que Satanás ya fue juzgado y Dios lo halló culpable. Sólo es que por ahora está esperando la realización de su sentencia en el fuego eterno.

Después del Milenio y antes de la eternidad Satanás será lanzado al lago de fuego, y así se cumplirá la sentencia de su juicio.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. [Apoc 20.10]

Los ángeles de Satanás (los demonios) comparecerán delante del Gran Trono Blanco (que es el séptimo juicio de este estudio; verlo para más detalles).

Y el **mar entregó los muertos** que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. [Apoc 20.13-15]

El mar que que entrega a los muertos es el “mar profundo” del segundo cielo que se llama también el abismo, el universo y el espacio. El mar en este contexto no se refiere a las aguas sobre la faz de la tierra, porque ahí no hay muertos. Los hombres que murieron en el mar (en guerras, etc.) están en el infierno, un lugar en el Hades (en el Seol). Las almas de estos hombres muertos saldrán del Hades, no del mar, para ser juzgadas. Entonces “el mar” no se trata del agua en la tierra. Se trata de otro mar que es “grande y anchuroso” (Sal 104.25-26), en el cual, sí, hay muertos. Se trata del segundo cielo y los muertos que están ahí son los demonios, los ángeles caídos del diablo. (Para ver más detalles sobre “el mar” en este contexto, ver el Apéndice A: El diluvio universal).

Los demonios serán juzgados en el juicio del Gran Trono Blanco, no para decidir su culpabilidad (que ya se decidió antes de Génesis 1.2). Serán juzgados para decidir el nivel de castigo y tormento que sufrirán en el lago de fuego. Seremos nosotros, los cristianos, quienes los juzgaremos porque somos los nuevos “hijos de Dios” que vamos a reemplazar a los que cayeron (los que ahora son “demonios”).

Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que **hemos de juzgar a los ángeles**? ¿Cuánto más las cosas de esta vida? [1Cor 6.1-3]

Este, entonces, es el primer juicio que la Biblia menciona cronológicamente. Tomó lugar en la perfecta creación de Génesis 1.1 y causó la creación caótica de Génesis 1.2. Dios juzgó a Lucero por sus contrataciones y su rebelión. El querubín protector quería tomar el trono de Dios pero quedó juzgado y hoy día, aunque todavía anda suelto, está esperando su sentencia eterna en el lago de fuego. El siguiente juicio se trata de la crucifixión de Jesucristo. Entonces, pasaron unos cuatro mil años después de la rebelión de Satanás hasta que vemos el siguiente juicio, el del pecado en la cruz.

EL JUICIO DEL PECADO EN LA CRUZ

Cristo llegó a ser pecado por nosotros en la cruz

En este juicio, Dios derramó Su ira sobre nuestros pecados, sobre Cristo en la cruz.

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. [2Cor 5.21]

En la cruz Jesucristo fue hecho pecado por nosotros. Él no pecó, sino que fue hecho pecado para que pudiera pagar el precio por nuestro pecado. El precio es la muerte y también el sufrimiento del infierno (que es “la muerte eterna” y la “muerte segunda”). Gálatas también habla de esto.

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero). [Gal 3.13]

Uno de los pasajes (tal vez el de la plena mención) de este evento es Isaías 53.1-12, una profecía de la muerte sustituta y expiatoria de Cristo Jesús, el Mesías prometido. En la cruz, Jehová cargó a Jesucristo el pecado de todos nosotros.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. [Isa 53.6]

Cristo puso Su vida en expiación por el pecado (murió por el pecado del hombre).

Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. [Isa 53.10]

Note que fue por la aflicción de Su alma en la cruz (no tanto por lo que padeció en el cuerpo) que Dios quedó satisfecho. Es esta misma obra que aun hoy día nos justifica.

Verá el fruto de **la aflicción de su alma**, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. [Isa 53.11]

Cristo sufrió aflicción en Su alma porque es el alma del hombre que sufrirá en el fuego eterno del infierno (si el hombre no es salvo). Cristo tomó nuestro lugar cuando estaba en la cruz. Su muerte ahí fue un sustituto (Él tomó nuestro lugar y nuestro castigo ahí). El lugar del hombre impío es el infierno y lo que merece es el castigo de sufrimiento y tormento de su alma en el fuego eterno. Entonces, Cristo en la cruz sufrió por todo el pecado del mundo, y lo sufrió principalmente en Su alma (aunque también sufrió bastante en Su cuerpo).

Cristo en la cruz llevó nuestras iniquidades. Dios juzgó estas iniquidades en Cristo cuando Él estaba en la cruz. Él sufrió toda una eternidad en el infierno por cada hombre que existiría. Entonces, uno puede decir que Cristo sufrió nuestro infierno en la cruz.

Cristo sufrió nuestro infierno en la cruz

Cuando Cristo estaba en la cruz, citó el Salmo 22:

Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? [Mat 27.46]

Por esto podemos entender que Él cumplió con la profecía de este mismo Salmo. Piense en lo que esto implica. Hay ciertos pasajes en el Antiguo Testamento (pasajes proféticos) que muestran los pensamientos de Cristo en la cruz. Salmo 22 es uno de estos pasajes. Entonces, podemos ver en el Salmo 22 lo que Cristo estaba pensando porque Él cita este mismo pasaje. Obviamente estaba pensando en su contenido cuando dijo las palabras del Salmo.

Salmo 22.1-22 contiene las palabras de un hombre en el infierno, y por lo tanto son las de Cristo en la cruz también (porque ahí sufrió nuestro infierno en Su alma). Cristo en la cruz, como el hombre en el infierno, fue desamparado por Dios.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? [Sal 22.1a]

Dios no oyó el clamor de Su Hijo cuando estaba en la cruz, como no oye los gritos de los hombres en el infierno. Además, Cristo no tuvo reposo en la cruz, como tampoco tiene descanso el hombre que está en el infierno. Su sufrimiento es eterno.

Dios mío, clamó de día, y no respondes; Y de noche, y no hay para mí reposo. [Sal 22.2]

Según Salmo 22.6 Cristo en la cruz llegó a ser un “gusano” y no hombre. Marcos 9 e Isaías 66 hablan del gusano del hombre en el infierno. Su “gusano no muere”, como las llamas nunca se apagan.

Mas **yo soy gusano, y no hombre**; Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. [Sal 22.6]

Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, **donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga**. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, **donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga**. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, **donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga**. [Mar 9.43-48]

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra [contexto: la eternidad; Apoc 21] que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová. Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque **su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará**, y serán abominables a todo hombre. [Isa 66.22-24]

También Cristo sufrió el tormento de Satanás, el león rugiente, cuando estaba en la cruz.

Abrieron sobre mí su boca Como león rapaz y rugiente. [Sal 22.13]

Sálvame de la boca del león, Y líbrame de los cuernos de los búfalos. [Sal 22.21]

Sufrió el calor y las llamas del infierno cuando estaba crucificado. Es como el hombre que está en el tormento del infierno y quiere refrescar su lengua con agua, pero no la hay.

Como un tiesto se secó mi vigor, Y mi lengua se pegó a mi paladar, Y me has puesto en el polvo de la muerte. [Sal 22.15]

Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. [Luc 16.23-24]

El versículo 16 de Salmo 22 es una de las referencia más directas a la crucifixión que hay en la Biblia.

Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos; **Horadaron mis manos y mis pies**. [Sal 22.16]

Horadaron las manos y los pies de Cristo Jesús cuando le “perforó” con los clavos romanos. Pero, lo más importante de todo esto se ve el versículo 20:

Libra de la espada **mi alma**, Del poder del perro mi vida. [Sal 22.20]

Todo este sufrimiento del Mesías tomó lugar en Su alma (exactamente como el sufrimiento del hombre en el infierno). Claro, Cristo sufrió en la carne, pero no sólo en la carne. La gran mayoría de Su sufrimiento tomó lugar en Su alma.

Pero, hay que tener mucho cuidado con esta doctrina porque, ¡Cristo no fue al infierno!

Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu. [Juan 19.30]

Cristo sufrió nuestro infierno (una eternidad del infierno por cada hombre) en la cruz, dentro de un periodo de tres horas (Mat 27.45; desde la hora sexta hasta la novena). Después de este sufrimiento y antes de morir, Él dijo: “Consumado es” y consumado fue. Punto. No hubo nada más que hacer porque ya

lo había hecho todo, antes de morir. El mismo día que Cristo murió, llegó al paraíso y pasó los tres días y tres noches ahí. Él nunca estuvo en el infierno (en las llamas de tormento en el corazón de la tierra).

Entonces Jesús le dijo [al malhechor a la par Suya cuando estaba en la cruz]: De cierto te digo que **hoy estarás conmigo en el paraíso**. [Luc 23.43]

Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. [Mat 12.40]

El mensaje de la obra de Cristo en la cruz

Cada ser humano ha violado la Ley de Dios—la Ley moral que Él escribió en sus corazones y también en dos tablas de piedra. La Ley de Dios define lo que es pecado y no hay nadie que sea moralmente perfecto (no hay nadie que nunca haya violado los Diez Mandamientos de Dios).

Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues **el pecado es infracción de la ley**. [1Jn 3.4]

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de **la ley escrita en sus corazones**, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos. [Rom 2.14-15]

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. [Rom 3.10-12]

Todos somos culpables de haber violado la Ley y por lo tanto Dios “nos sacó una multa”. La “multa” que hay que pagar por haber violado la Ley de Dios es la muerte—principalmente la muerte espiritual (la separación de Dios) pero también la muerte eterna del alma en el infierno.

Porque la paga del pecado es muerte... [Rom 6.23]

El alma que pecare, esa morirá... [Ezeq 18.20]

Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en **el lago que arde con fuego** y azufre, que es **la muerte segunda**. [Apoc 21.8]

Pero no quiere que ninguno perezca; quiere que todos los hombres sean salvos y por esto mandó a Su Hijo por nosotros.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, **no queriendo que ninguno perezca**, sino que todos procedan al arrepentimiento. [2Ped 3.9]

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual **quiere que todos los hombres sean salvos** y vengan al conocimiento de la verdad. [1Tim 2.3-4]

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. [Juan 3.16]

Nosotros violamos la Ley, pero Cristo pagó nuestra “multa”. O sea, nosotros somos los injustos y por nuestras injusticias (nuestras violaciones de la Ley) merecemos el castigo de Dios, pero Cristo, el Justo, tomó nuestro lugar y llevó nuestro castigo. Él sufrió lo que nosotros merecemos; Él canceló nuestra deuda con Dios.

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. [Isa 53.5-6]

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, **el justo por los injustos**, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu. [1Ped 3.18]

Si alguien quiere el perdón de sus pecados y la vida eterna, Dios se lo ofrece todo en Cristo Jesús. Pero tiene que arrepentirse de sus pecados (reconocer lo que es y lo que ha hecho, confesarlo a Dios y apartarse de esos pecados) y tiene que poner su fe—su completa confianza para salvación—en Cristo.

Y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del **arrepentimiento** para con Dios, y de **la fe** en nuestro Señor Jesucristo. [Hech 20.20-21]

Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora **manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan**; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. [Hech 17.30-31]

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; **la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo**, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia. [Rom 3.21-22]

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; **no por obras**, para que nadie se gloríe. [Ef 2.8-9]

Esta enseñanza del juicio del pecado en la cruz es esencial para entender el mensaje del evangelio de Cristo Jesús. Se trata de una sustitución—Cristo tomó nuestro lugar y sufrió nuestro castigo. Ahora Dios nos ofrece el lugar de Él, un lugar de “justicia”. Los que no quieren arrepentirse de sus pecados y creer en Cristo, ellos llevarán sufrirán el infierno eterno por sus pecados—pagarán su propia multa por toda la eternidad.

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. [Juan 3.17-18]

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. [Juan 3.36]

EL JUICIO DEL CRISTIANO SOBRE LA TIERRA COMO UN HIJO DE DIOS

La diferencia entre los juicios

Primero que nada, hemos de entender la diferencia entre el juicio del pecado en la cruz (el segundo juicio que acabamos de estudiar) y el juicio de un hijo de Dios—un cristiano—sobre la tierra hoy en día. En Cristo los cristianos ya somos hijos de Dios, y esto quiere decir que Dios no nos ve como pecadores sino que nos ve en Cristo.

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. [Juan 1.12]

En el momento de la salvación, Dios nos puso en Cristo (fuimos “bautizados” en Él; o sea, fuimos sumergidos en Él).

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. [1Cor 12.13]

Así que, cuando Dios el Padre nos mira ahora, nos ve a través de Cristo Jesús. Por esto, la Biblia dice que somos justos en Cristo (Dios nos justificó y ahora nos ve como justos en Cristo). O sea, Él es nuestra justicia y nuestra justificación.

Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. [Rom 5.19]

Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención. [1Cor 1.30]

Por esto la Biblia habla de nuestra justificación (nuestra “posición” de “justos” en Cristo) como un evento en el pasado que ya sucedió. Así fue. Fuimos justificados en el momento de arrepentirnos de nuestro pecado y poner toda nuestra fe en el Hijo de Dios. Desde aquel momento, todo es nuevo y somos nuevas criaturas en Cristo Jesús.

Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. [1Cor 6.11]

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. [2Cor 5.17]

Obviamente todo esto habla de nuestra “posición” en Cristo y no de la “práctica” cotidiana de nuestro andar con Él. Nuestra condición actual en el mundo es, lastimosamente, muy diferente.

Aunque Dios nos ve en Cristo Jesús, ya completos en Él (lavados, santificados, justificados, glorificados, etc.), todavía tenemos la naturaleza pecaminosa viviendo en nuestros miembros. Todavía tenemos que luchar contra el pecado y los vicios. Y a veces perdemos esta lucha. A veces, si somos honestos, tiramos la toalla.

Piense en el caso de los cristianos en Corinto. Ellos son buenos ejemplos de muchos cristianos de hoy—de los últimos días de la Iglesia (que según la Biblia son días de apostasía y carnalidad muy difundida). Por lo que dice 2Corintios 5.17 (citado arriba), sabemos que los corintios eran nuevas criaturas en Cristo Jesús. Todas las cosas en sus vidas eran nuevas. También Dios dice en 1Corintios 1.30 (también citado arriba) que ellos tenían sabiduría, justificación, santificación y redención. ¡Qué santos! Pero, vea como Pablo describe estos mismos santos en el capítulo 3.

De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? [1Cor 3.1-3]

¡Qué diferencia entre su posición en Cristo (santificados, justificados, etc.) y su práctica diaria (niños en la fe y carnales)! Nuestro andar—nuestra “condición” en este mundo—depende de cual de las dos naturalezas estamos alimentando, y cual estamos matando por el hambre.

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. [Rom 8.5-6]

Si queremos ser espirituales, debemos alimentar al nuevo hombre con las cosas de Dios (la Palabra de Dios, la oración, la predicación, la enseñanza, el ministerio, etc.). Si no alimentamos al nuevo hombre, vamos a estar andando en la carne. Y Dios nos va a juzgar y castigar como haría cualquier otro padre con su hijo rebelde.

De todo esto se trata este tercer juicio (el segundo juicio que le toca al cristiano; el primero fue el juicio de su pecado en la cruz). Puesto que ya somos hijos de Dios (justificados y santificados en Cristo) y no

podemos perder esta relación con Él, ¿qué podemos esperar cuando desobedecemos a nuestro Padre Celestial?

La naturaleza del juicio del cristiano sobre la tierra

Cuando nacimos de nuevo después de arrepentirnos de nuestros pecados y poner nuestra fe en el Señor Jesucristo, nacimos en la familia de Dios. Ahora Dios es nuestro Padre y nosotros somos “hijos de Dios”. Además de este cuadro de la familia, la Biblia dice que Dios nos compró en la cruz.

Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. [1Cor 6.20]

Por esto, somos de Dios tanto por nacimiento como por compra, como siervos o esclavos. En los dos casos (el de un hijo en una familia y el de un siervo comprado), lo que se espera de nosotros es igual: La obediencia total.

Obviamente Dios es un Padre perfecto (Mat 5.48), entonces la Biblia dice que su trato con nosotros, Sus hijos, es justo. El pasaje base de nuestro juicio como los hijos de Dios es Hebreos 12.5-11.

5 Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

6 Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo.

7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?

8 Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.

9 Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

10 Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

11 Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. [Heb 12.5-11]

A todos los que Dios recibe como hijos, a ellos Él los ama (v5-6). Pero estos mismos versículos también dicen que Él disciplina y azota a los que ama, a Sus hijos. Los versículos 7 y 8 dicen que si alguien que se llama cristiano puede desobedecer sin consecuencias (si la disciplina de su Padre Celestial), es porque no es hijo. Se cree cristiano pero no lo es—es un falso convertido. Todos los cristianos somos participantes de la disciplina de Dios. Entonces, si alguien puede pecar sin disciplina, es porque no es de Dios. En los últimos versículos (Heb 12.9-11) vemos la meta de Dios en nuestra disciplina. Dios quiere desarrollar santidad y justicia en nosotros. La santidad habla de un corazón consagrado y una vida apartada a Dios para Su uso en la Misión. Dios no puede guiar al cristiano que no es santificado y apartado para Su uso. La justicia que Dios quiere desarrollar en nosotros es el carácter de Cristo—quiere que seamos justos como el Justo, Jesucristo. Entonces, hasta que vivamos siempre con santidad y justicia, vamos a experimentar la corrección y la disciplina del Señor. Los primeros cuatro versículos de Hebreos 12 nos muestran este camino de rectitud. Si queremos evitar el castigo de nuestro Padre Celestial, hemos de andar con la mira puesta en Cristo Jesús y en las cosas de arriba, luchando para lograr la meta.

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal

contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado. [Heb 12.1-4]

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. **Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.** Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. [Col 3.1-4]

Hay varias maneras de las cuales Dios nos castiga. ¿Cuáles son? A veces Él usa la “vara”.

¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? [1Cor 4.21]

La vara que Pablo menciona aquí es un regaño por la mala conducta de los corintios. No iba a pegarles físicamente, sino que iba a regañarles “desde el púlpito”. La vara, entonces, es la corrección que recibimos de otros cristianos cuando nos regañan.

Dios también usa el “aguijón”.

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera. [2Cor 12.7]

En este versículo parece que el aguijón es una enfermedad u otra limitación física que Dios usa para estorbarnos cuando andamos en caminos equivocados (o sea, caminos que bien nos parecen a nosotros pero que no son el camino de Dios). El aguijón de Pablo lo mantenía humilde y débil, y por lo tanto le obligó a depender del Señor. Tuvo que confiar completamente en Dios.

La poda es otra manera de la cual Dios nos disciplina.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. [Juan 15.1-6]

Dios nos “limpia” (de maldad, de vicios, de “todo peso que nos asedia” como dice en Hebreos 12.1-4) para que llevemos más fruto. Recuerde que el propósito de Dios en el castigo es nuestra santidad y justicia—es el de conformarnos a la imagen de Cristo (Rom 8.28). Quiere producir en nosotros más compromiso y más carácter entonces “nos limpia” de lo que ya no sirve y de lo que estorba más fruto. Con la poda, a veces viene el “cavar y abundar”.

Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después. [Luc 13.6-9]

La idea con “cavar y abundar” es que Dios nos da un tiempo de mucha enseñanza y mucha exhortación para ver si respondemos o no antes de mandarnos una disciplina más severa.

Otro tipo de disciplina en nuestras vidas es el “auto-juicio”.

Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. [1Cor 11.31-32]

Podemos examinarnos a la luz de Palabra de Dios, y así juzgarnos a nosotros mismos antes de que Dios tenga que hacerlo. Para juzgarnos tenemos que primero reconocer el pecado (la desobediencia) en nuestras vidas y luego nos arrepentimos para no volver al asunto más. De esta manera podemos evitar el castigo del Señor.

El último castigo divino que vamos a ver aquí es el más severo: La muerte. En este caso, el pecado del cristiano llega a ser un “pecado de muerte” (o sea, un pecado que resulta en su muerte).

El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús. [1Cor 5.5]

Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. [1Jn 5.16-17]

Si la desobediencia de un cristiano llega a tal grado que Dios no lo puede soportar, Él lo llevará a casa.

EL JUICIO DEL TRIBUNAL DE CRISTO

La diferencia entre los juicios

Con este juicio, ya podemos ver la diferencia entre los tres juicios del cristiano. Cada cristiano pasa por tres diferentes juicios: Primero como un pecador, luego como un hijo y al final como un siervo. El cristiano fue juzgado como pecador en la cruz cuando recibió a Cristo como su Señor y Salvador. El cristiano es juzgado como hijo mientras que esté sobre la tierra (juzgado y castigado por el Padre según Hebreos 12.5-11). Luego el cristiano será juzgado como siervo en el Tribunal de Cristo, un juicio que todavía está por venir.

El Tribunal de Cristo es el juicio de las obras que un cristiano ha hecho mientras que estaba en la tierra. Nadie está exento; es un juicio para todos los cristianos.

Porque es necesario que **todos** nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que **cada uno** reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. [2Cor 5.10]

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque **todos** compareceremos ante el tribunal de Cristo. [Rom 14.10]

Así que, este es un juicio de siervos, de mayordomos. Dios nos ha encargado de una responsabilidad, una obra que Él espera que llevemos a cabo, y un día de estos tendremos que rendirle cuentas por lo que hemos hecho con lo que recibimos.

La naturaleza del Tribunal de Cristo

Primero, tenemos que reconocer que nadie le dé recompensa a su siervo por haber cumplir con su deber.

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, **cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado**, decid: Siervos inútiles somos, pues **lo que debíamos hacer, hicimos**. [Luc 17.7-10]

No habrá recompensa por simplemente haber obedecido a lo que Dios nos ha mandado. Es como el caso de los cristianos que creen que están haciéndole a Dios un favor llegando al culto los domingos. Pero,

congregarse en su deber. Dios nos manda hacerlo (Heb 10.24-25) y lo que Dios nos manda hacer es nuestro deber. No habrá recompensa por cumplir con el deber. Un siervo recibe recompensa por haber ido más allá de su deber.

Nuestras recompensas en el Tribunal de Cristo serán porque “padecemos juntamente con” Cristo.

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, **si es que** padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. [Rom 8.17]

Note la frase “si es que” en este versículo porque nos muestra que nuestra herencia (la “recompensa de la herencia”; Col 3.24) es condicional. Depende de padecer juntamente con Cristo. Un cristiano debería dejar de creer que tiene derecho de estar cómodo en este mundo. Debe incomodarse por la causa de Cristo (la causa del evangelio: Evangelizar para hacer un discípulo y discipular para hacer un evangelista; Mat 28.19-20), porque esto es lo que Él hizo por nosotros y lo que sigue haciendo a través de Su Espíritu. El cristiano debe prepararse para cumplir con la misión—debe “discipularse” (establecerse en la fe y entrenarse en la misión de predicar el evangelio). Luego, debe sacrificar su comodidad (y todo lo que demás que tendrá que sacrificar) para predicar el evangelio a toda criatura. Esta es nuestra misión de vida. Esta es la razón por la cual Dios nos ha dejado aquí: Hacer discípulos evangelizando y hacer “discipuladores evangelísticos” discipulando. Prepárese y métase en la obra porque Dios lo juzgará después por lo que haya hecho en esta misión.

Tenemos que vencer al espíritu de nuestra época si queremos recompensa.

Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca... **Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono**, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. [Apoc 3.14-21]

La Iglesia de hoy es apática, indiferente y mediocre. Esta es la actitud que penetra todas las iglesias hoy. Tenemos que vencer este espíritu (esta actitud), prepararnos para el ministerio y cumplir con la misión de “buscar y salvar” a los pecadores perdidos. El hecho de que todavía estamos aquí en la tierra indica que Dios siempre quiere usarnos para predicar el evangelio a los inconversos.

Si el cristiano no quiere padecer juntamente como Cristo en la misión de “hacer discípulos” (si escoge vivir conforme a los deseos de la carne, como le da la gana), puede esperar una condenación cuando esté delante del Tribunal de Cristo.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. [Rom 8.1]

No obstante, si el cristiano no anda conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, no tiene que temer aquella condenación. Pero, si lo opuesto sucede (si anda en la carne y no conforme al Espíritu), le espera una condenación. No es la condenación al infierno que hemos de temer porque ya hemos pasado de muerte a vida, y no vendremos a condenación eterna.

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. [Juan 5.24]

La condenación del cristiano carnal y desobediente (apático e indiferente) es la pérdida de la recompensa de su herencia que podría haber recibido si hubiera andado conforme al plan de Dios.

Si sufrimos, también reinaremos con él; Si le negáremos, él también nos negará. Si fuéremos infieles, él permanece fiel; El no puede negarse a sí mismo. [2Tim 2.12-13]

“Si sufrimos” según Romanos 8.17, padeciendo juntamente con Cristo en Su misión en este mundo (la de buscar y salvar a los que están perdidos en sus pecados; Luc 19.10), recibiremos nuestra herencia de reinar con Él (porque seremos “coherederos” con Él recibiendo lo mismo que Él: El reino). Pero, “si le negáremos” el sufrir—si no queremos padecer juntamente con Él evangelizando y discipulando—no seremos coherederos con Él, porque “Él también nos negará”. No nos negará la vida eterna, la salvación. Segunda de Timoteo 2.13 dice que aun cuando no somos fieles, Él sigue fiel porque no puede negarse a Sí mismo (nosotros somos “Sí mismo” porque somos miembros del Cuerpo de Cristo). Si no queremos padecer juntamente con Él en la misión, Él nos negará el reino. No reinaremos con Él. Esta es nuestra herencia: Reinar con Cristo en el Milenio. Esto es lo que podremos perder por no serle fieles.

Si queremos recibir una herencia completa, tenemos que invertir en lo eterno, lo de Dios, y no en lo pasajero de este mundo.

11 Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

12 Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca,

13 la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará.

14 Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa.

15 Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. [1Cor 3.11-15]

El fundamento que se pone en el versículo 11 es la salvación en Cristo Jesús. No hay otro fundamento porque no hay otro camino al cielo (Juan 14.6). Después de la salvación, cada uno edifica sobre el fundamento de su salvación. El versículo 12 menciona seis diferentes cosas con las cuales uno puede edificar. Tres de ellas pasan por el fuego (v13; el cuadro del juicio de nuestras obras) sin daño, y tres se quemarán. Entonces, todas nuestras obras serán juzgadas (no sólo las “buenas obras” que hemos hecho en la iglesia, sino todas las obras que hemos hecho desde nuestra conversión a Cristo; desde nuestro fundamento). Si la obra de uno se queda, si ha edificado con las tres cosas eternas, él recibirá recompensa (v14). Pero, si sus obras son pasajeras y no eternas, entonces se quemarán. O sea, él perderá su recompensa (v15a). Él mismo será salvo (v15b) porque todavía tiene el fundamento. Dios no juzga el fundamento (la salvación). Lo que está en juego aquí son las obras con las cuales uno edifica encima del fundamento. Si las obras son temporales y no eternas, se quemarán y el cristiano perderá su herencia.

Ahora, comparando la Escritura con la Escritura se puede definir las seis cosas mencionadas en el versículo 12: Oro, plata, piedras preciosas, madera, heno y hojarasca. Obviamente son cuadros de cosas con las cuales podemos edificarnos (o con las cuales podemos edificar algo en nuestras vidas). Primero en la lista es el oro. El oro en la Biblia es un cuadro de la deidad (o sea, es un cuadro de Dios). Todo el mobiliario del tabernáculo se cubrió de oro porque era de Dios y para Dios. También hay muchos tipos y cuadros de Dios en los muebles del tabernáculo. Además, la ciudad de Dios (la Nueva Jerusalén) es de oro puro (Apoc 21.18). El oro, entonces, es un cuadro de Dios. Edificamos con oro cada vez que “invertimos en Dios”. Esto se trata principalmente de “invertir” tiempo en la Palabra de Dios, acercándonos a Dios para conocerlo a través de la Biblia y la oración. Si hacemos inversiones así, podemos estar seguro que son “inversiones eternas”. Es edificar con oro en nuestras vidas. Es hacer tesoro en el cielo viviendo para el Señor.

Sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. [Mat 6.20-21]

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. [Mat 6.33]

La mejor manera de lograr esto es desarrollar una relación personal con Dios (un andar diario con Él) en la Biblia. Todo el tiempo que pasamos en la Biblia, creciendo en la gracia y el conocimiento de Dios (2Ped 3.18), es una inversión en el oro. Habrá recompensa en el Tribunal de Cristo por haber crecido en Dios a través de Su Palabra.

...Los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; Y dulces más que miel, y que la que destila del panal. [Sal 19.9-10]

Por eso he amado tus mandamientos Más que el oro, y más que oro muy puro. [Sal 119.127]

La plata es otra inversión eterna. En la Biblia la plata es el precio de la redención y por esto es un tipo (un cuadro) de la redención. En Éxodo 30.11-16 Dios mandó a los Israelita a pagar “el rescate” por su persona. Era el precio de su redención. Cada uno pagaba lo mismo: Medio siclo, conforme al siclo del santuario. Éxodo 38.25-26 dice que el medio siclo era de plata. Pagaron plata por el rescate de sus personas. Además, cuando los hermanos de José lo vendieron como esclavo, lo vendieron por 20 piezas de plata.

Y cuando pasaban los madianitas mercaderes, sacaron ellos a José de la cisterna, y le trajeron arriba, y le vendieron a los ismaelitas por veinte piezas de plata. Y llevaron a José a Egipto. [Gen 37.28]

José dice luego que esto fue para salvar a mucha gente de la muerte.

Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. [Gen 50.20]

También fue plata que se pagó por Cristo, para entregarlo a morir por nuestra redención (Mat 26.15; pagaron a Judas 30 piezas de plata por la entrega de Jesús). La plata en la Biblia, entonces, es un cuadro de la redención. Nosotros podemos edificar con plata evangelizando, llevando la redención en Cristo a quien sea que la necesite. Cada vez que predicamos el evangelio a alguien que necesita la redención, estamos invirtiendo en plata y, según la Biblia, habrá recompensa por haberlo hecho.

Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, **haz obra de evangelista**, cumple tu ministerio. [2Tim 4.5]

Las piedras preciosas forman la última cosa en la lista de las obras que pasarán por el fuego. Por lo tanto habrá recompensa de herencia por toda inversión que hacemos en ellas. Las piedras preciosas tipifican la gente de Dios. Los creyentes—los santos—son como piedras vivas y preciosas delante de Dios.

Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. [1Ped 2.5]

La mujer virtuosa, un cuadro de lo que Dios quiere en Su esposa (lo que Jehová quiere en los de Israel, Su esposa: Isa 54.5; Jer 3.14; y lo que Cristo quiere en los de la Iglesia, Su esposa: Ef 5.22-32). Dios compara la mujer virtuosa con las piedras preciosas.

Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. [Prov 31.10]

En el Libro de Zacarías vemos que los del pueblo de Dios son como las piedras preciosas en una diadema.

Y los salvará en aquel día Jehová su Dios como rebaño de su pueblo; porque como piedras de diadema serán enaltecidos en su tierra. [Zac 9.16]

Nosotros podemos invertir en piedras preciosas, en la gente de Dios, a través del ministerio de discipulado. O sea, al ayudar a las personas a establecerse en la fe (la sana doctrina) y entrenarse en la misión de evangelizar, estamos invirtiendo en lo eterno, en lo que Dios recompensará (en las piedras preciosas).

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén. [Mat 28.19-20]

Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! [Rom 10.13-15]

Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno, sino, como está escrito: Aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán; Y los que nunca han oído de él, entenderán. [Rom 15.20-21]

Las siguientes tres cosas en 1Corintios 3.12, con las cuales también se puede edificar, se quemarán en el fuego: Madera, heno y hojarasca. Son cuadros, no de obras eternas, sino de obras temporales, obras de este mundo y de esta vida. Todas las tres cosas tienen que ver con algo muerto. La madera es un árbol muerto (ya cortado). El heno es la hierba muerta (es hierba ya segada y seca). La hojarasca es el conjunto de las hojas muertas que han caído de los árboles. Todo esto es un cuadro de las obras muertas.

¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de **obras muertas** para que sirváis al Dios vivo? [Heb 9.14]

Las “obras muertas” son la obras que uno hace en la carne, en el viejo hombre que ya está muerto y crucificado con Cristo.

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. [Gal 2.20]

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. [Rom 6.6]

Cualquier cosa que hacemos para nuestra propia gloria (la vanagloria), o cualquier cosa que hacemos en la carne (por nuestro propio poder), no vale. Es una inversión en la madera, en un árbol muerto. Los hombres son como árboles en la Biblia (Mar 8.24). Entonces una inversión en el viejo hombre, en la carne, es una inversión en un árbol muerto. Es un inversión también en el heno—en la hierba muerta (en la gloria del hombre en vez de la gloria de Dios; 1Ped 1.24). Es una inversión en la hojarasca, en hojas muertas. Las hojas verdes (vivas) de un árbol son cuadros de las obras de los santos (Sal 1.1-3). Tal como el árbol participa en su medio ambiente a través de sus hojas, el cristiano participa en la obra de Dios a través de las obras del ministerio (Ef 4.11-16). La hojarasca (el conjunto de hojas muertas), entonces, es un cuadro de las obras del viejo hombre (bien sea que son buenas o malas, si vienen de la carne, son hojarasca porque son obras muertas, sin vida).

Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. [2Cor 5.15]

Cristo murió por todos nosotros, entonces el cristiano no debe vivir para sí mismo porque esto sería vivir para un hombre muerto. Todas las obras de una vida así serán quemadas en el Tribunal de Cristo. Es el testimonio de un cristiano carnal (de un “santo” que vive en, por y para su carne). Él perderá su herencia. Debemos vivir para Aquel que murió y resucitó por nosotros. Debemos vivir en, por y para Jesucristo. Lo hacemos invirtiendo en (edificando con) el oro, la plata y la piedras preciosas.

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. [Gal 5.16]

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. [2Cor 5.10]

EL JUICIO DE ISRAEL EN LA TRIBULACIÓN

El lugar de Israel en la historia y en profecía

Antes de empezar a sacar detalles de este juicio de la Escritura, es importante entender un poco acerca de la historia de Israel y unas profecías que tiene que ver con su futuro. Dios escogió a Israel cuando le dio a Abraham (llamado Abram en Gen 12) ciertas promesas incondicionales, promesas que pasaron de él a su descendencia física.

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. [Gen 12.1-3]

Como es obvio por las conjugaciones de los verbos, las promesas de este pasaje son incondicionales. Dios lo hará todo pese a todo. Abraham llegará a ser una nación grande. Todas las otras familias (naciones) de la tierra serán benditas en él. Esta bendición pasó de Abraham a su hijo Isaac (Gen 26.1-4), de Isaac a su hijo Jacob (Gen 28.10-14; Jacob, que también se llama Israel: Gen 32.28) y de Jacob a sus 12 hijos que llegaron a ser las 12 tribus de la nación de Israel (Num 24.9). Israel es el pueblo escogido de Dios y será cabeza de todas las demás naciones un día. Esto quiere decir que juntamente con Cristo Jesús, Israel va a reinar sobre toda la tierra por toda la eternidad.

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto. [Isa 9.6-7]

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. [Isa 2.2-3]

Cristo Jesús, el Niño prometido de Isaías 9, se sentará sobre el trono de David en Jerusalén y desde ahí reinará sobre toda la tierra. Será un reino eterno, sin fin y sin límite. En aquel mismo tiempo, en lo postrero de los tiempos, Israel llegará a ser cabeza de las naciones. Toda nación irá a Jerusalén porque de ahí saldrá la ley y la Palabra de Dios. De esta manera Dios cumple con su promesa incondicional que hizo con Abraham y su descendencia en Génesis 12.1-3.

Sin embargo, a pesar de sus promesas incondicionales y su futuro seguro, Israel ha sido excluido del plan de Dios por un tiempo debido a su desobediencia. Le ha acontecido “endurecimiento en parte” (“en parte” porque hay judíos que se convierten a Cristo hoy en día, sólo es que son muy pocos).

Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. [Rom 11.1]

Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. [Rom 11.11]

Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? [Rom 11.12]

Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? [Rom 11.15]

Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. [Rom 11.25]

El endurecimiento es pasajero. La Tribulación servirá para “suavizar” la dureza de la nación de Israel. De hecho, este es el propósito primordial de este juicio por venir.

Los propósitos de la Tribulación

La Tribulación sirve, en primer lugar, para castigar a Israel por su desobediencia y por sus abominaciones. Cristo, hablando de este tiempo, dice que es único en toda la historia del hombre.

Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. [Mat 24.21]

Ezequiel usa la misma terminología en el quinto capítulo de su profecía.

Y haré en ti lo que nunca hice, ni jamás haré cosa semejante, a causa de todas tus abominaciones. [Ezeq 5.9]

La Tribulación es el juicio divino sobre las abominaciones de Israel, Su pueblo escogido. O sea, es un tiempo determinado sobre la nación de Israel para castigarles a los judíos por su desobediencia.

Por tanto, así ha dicho Jehová: ¿Por haberos multiplicado más que las naciones que están alrededor de vosotros, no habéis andado en mis mandamientos, ni habéis guardado mis leyes? Ni aun según las leyes de las naciones que están alrededor de vosotros habéis andado. Así, pues, ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo estoy contra ti; sí, yo, y haré juicios en medio de ti ante los ojos de las naciones. [Ezeq 5.7-8]

Todo Ezequiel 5.7-17 se trata de este juicio divino sobre el pueblo de Dios. Es obvio: La Tribulación sirve para castigar a Israel por su desobediencia. No obstante, este no es el único propósito de aquel—no es sólo para castigarle.

La Tribulación, en segundo lugar, sirve para reconciliar a Israel con Jehová y restaurar dicha nación como cabeza en el plan de Dios. La Biblia dice que Dios (Jehová, el Padre) era el Marido de Israel.

Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. [Isa 54.5]

Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion. [Jer 3.14]

Pero, como ya hemos visto, por su desobediencia, su deslealtad y sus abominaciones (yendo en pos de otros dioses), Dios la divorció.

Ella vio que por haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá su hermana, sino que también fue ella y fornicó. [Jer 3.8]

Así dijo Jehová: ¿Qué es de la carta de repudio de vuestra madre, con la cual yo la repudí? ¿O quiénes son mis acreedores, a quienes yo os he vendido? He aquí que por vuestras maldades sois vendidos, y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre. [Isa 50.1]

Hasta el día de hoy, durante la época de la Iglesia, Jehová está divorciado de Su esposa, Israel. Pero, es obvio que quiere la reconciliación con ella, con Su pueblo escogido.

Dicen: Si alguno dejare a su mujer, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será tal tierra del todo amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos; mas ¡vuélvete a mí! dice Jehová. [Jer 3.1]

Es para este fin que Dios mete a Su pueblo en la Tribulación. Aquel tiempo de angustia, con su duro castigo, servirá para reconciliar a Israel con su Marido, Jehová.

Por tanto, he aquí yo rodearé de espinos su camino [la dureza de la Tribulación], y la cercaré con seto, y no hallará sus caminos. Seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará, y no los hallará. Entonces dirá: Iré y me volveré a mi primer marido [reconciliación]; porque mejor me iba entonces que ahora. [Os 2.6-7]

Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a la esposa de la juventud que es repudiada [Israel en este momento], dijo el Dios tuyo. Por un breve momento te abandoné [los 7 años de la Tribulación], pero te recogeré con grandes misericordias [el propósito: la restauración]. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor. [Isa 54.6-8]

El tiempo de ira cuando Dios esconde Su rostro de Su pueblo (Su esposa divorciada, Israel) es la Tribulación (Luc 21.23) y el propósito divino en hacerlo esto es obvio. Él quiere la reconciliación con Su esposa. Esta reconciliación, y la restauración de Israel que resultará de ella, tomará lugar al final de la Tribulación, en la segunda venida de Cristo, cuando el Señor venga para establecer Su reino (es lo mismo que Pedro anunció a Israel en Hechos 3.19-21). Será es el momento cuando Israel reciba el Nuevo Pacto de parte de Dios.

31 He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.

32 No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová.

33 Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

34 Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado. [Jer 31.31-34]

Pablo menciona este mismo pacto nuevo en Hebreos 8.8-13 y 10.15-17. Observe que es un pacto que Dios hace con la nación de Israel, no con ningún otro pueblo (v31). Pero no será como el pacto que Él hizo con ellos antes, en Éxodo 19.5-8 y 24.3-8, que era un pacto condicional (y los judíos lo invalidaron con su desobediencia, rebelión y apostasía; v32 con Deut 28.15-68 y Lev 26.14-46). Este nuevo pacto será incondicional, como el que Dios hizo con Abraham en Génesis 12.1-3. Israel no podrá invalidarlo, porque no hay condiciones. Por esto será un pacto eterno. Dios hace este Nuevo Pacto con Israel “después de aquellos días” (v33). O sea, la reconciliación entre Dios y Su esposa, Israel, tomará lugar hasta después de la Tribulación (“aquellos días” es una frase clave del estudio bíblico que se refiere a la Tribulación; Mat 24.15-30). En la última parte del versículo 33, otra vez vemos que es un pacto sin condiciones. Todos los verbos se conjugan en futuro imperfecto (“Daré... escribiré... seré... serán...”). Israel no tiene que cumplir con nada para recibir este pacto porque Dios lo hará todo incondicionalmente. Bajo el Nuevo Pacto, entonces, habrá una restauración total de Israel, de judíos de todas las 12 tribus (v34).

Con la restauración de la nación de Israel, también viene un juicio sobre las naciones gentiles. En la segunda venida, Dios pone fin a los “tiempos de los gentiles” (Luc 21.24) porque destruye su poder y toma control de los reinos de este mundo.

Y en los días de estos reyes [los reyes gentiles durante el tiempo de los gentiles, desde el reinado de Babilonia hasta hoy y el reinado de Roma] el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos [de los gentiles], pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación. [Dan 2.44-45]

El séptimo ángel tocó la trompeta [la última trompeta: la segunda venida], y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. [Apoc 11.15]

En aquel entonces Israel, ya restaurada, llegará a ser la cabeza de las naciones, ya juzgadas y subyugadas: Isaías 2.2-4.

La Tribulación, entonces, sirve para castigar la nación de Israel y llevarla al arrepentimiento—a la restauración y reconciliación con su Marido, Jehová. Cuando los judíos (por haber sufrido el castigo divino durante la Tribulación) se arrepientan, Dios los restaurará como cabeza de las naciones y reconciliará la nación consigo otra vez como Su esposa. Así que, después de todo reinarán juntos por los siglos de los siglos.

La Tribulación y la Iglesia

Por los propósitos de la Tribulación es fácil de ver que aquel tiempo no tiene nada que ver con la Iglesia, ni con los cristianos. La Iglesia (el Cuerpo de Cristo que consta de todos los cristianos) no pasará por la Tribulación. Vemos esto en la Primera Epístola de Pablo a los Tesalonicenses.

Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche. [1Tes 5.1-2]

Hay que fijarse bien en los pronombres de este pasaje para entender lo que Pablo está comunicando. Empieza hablando a “vosotros”, los cristianos de Tesalónica (y, por supuesto, a todos los cristianos en general). El tema de este pasaje es “el día de Señor”, una frase que se refiere a la segunda venida de Cristo Jesús después de la Tribulación (o sea, Su venida gloriosa: Hech 2.20; 2Tes 2.2-4). En el siguiente versículo, Pablo cambia el pronombre que está usando y se refiere a “ellos”, no a “vosotros”.

Que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. [1Tes 5.3]

En este versículo 3 Pablo está hablando acerca de “ellos”, que es un grupo diferente del de “vosotros”. Pablo dice que “ellos” van a decir “paz y seguridad” y que sobre “ellos” vendrá la “destrucción repentina”. Esto no les va a pasar a los cristianos (a “vosotros” en el pasaje). Entonces, “ellos” son los que van a estar en la Tribulación porque “ellos” estarán en la primera mitad de paz y seguridad, y también en la segunda mitad de la destrucción repentina. Los cristianos (“vosotros”), no. La Iglesia no pasará por la Tribulación (ni por la primera mitad, ni por la segunda). En el siguiente versículo del mismo pasaje, Pablo vuelve a dirigirse a “vosotros”.

Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. [1Tes 5.4]

Otra vez vemos el contexto por una frase clave: “Aquel día”. Se refiere al “día del Señor,” llamado el “día de Jehová” en el Antiguo Testamento (Mal 4.1-5). Es la venida gloriosa del Mesías, el día cuando Él viene para tomar lo que le pertenece: El trono del mundo (Apoc 19.11-21). Pablo dice en 1Tesalonicenses 5.4 que los cristianos no estamos en tinieblas, para que aquel día nos sorprenda como ladrón. Ya no estamos en tinieblas porque el Señor nos ha trasladado al reino de Dios. Ahora estamos en la luz, y somos luz.

El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo. [Col 1.13]

Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz. [Ef 5.8]

En 1Tesalonicenses 5.2, Pablo dice que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche (o sea, durante el tiempo de oscuridad y tinieblas). Por esto, aquel día sorprenderá a todo el mundo, porque todo el mundo

estará en las tinieblas (en la Tribulación, el tiempo de las tinieblas sobre la tierra). Pero, el versículo 4 dice que aquel día no nos sorprenderá a nosotros, porque no estamos en tinieblas. La moraleja del cuento es fácil de entender: No estaremos en las tinieblas de la Tribulación porque no estaremos aquí en la tierra. Cristo viene y nos arrebatara antes de la Tribulación—antes de la oscuridad que vendrá sobre el mundo entero. Pero “ellos”, los que estarán aquí después de nuestro arrebataamiento, serán sorprendidos por aquel día de la segunda venida porque vendrá de repente como ladrón en la noche.

Luego, Pablo nos asegura a los cristianos que no vamos a pasar por este tiempo de la ira divina que se derramará sobre el mundo.

Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo.
[1Tes 5.9]

Dios no nos ha puesto a los cristianos para ira (para pasar por la Tribulación, el tiempo de la ira divina sobre la tierra: Isa 54.8), sino para alcanzar la salvación. La salvación en este versículo habla de la redención de nuestro cuerpo, su transformación en el arrebataamiento (Rom 8.23; 13.11; 1Cor 15.51-58; Flp 3.20-21).

Cristo ya tomó la ira de Dios por nosotros en la cruz. Entonces, no hay razón por la cual hemos de pasar por el castigo de la Tribulación. Cristo ya lo hizo, y lo hizo una vez para siempre. Él vendrá antes y nos llevará de aquí al tercer cielo—antes de que empiece aquel tiempo de angustia (1Tes 4.13-18).

La naturaleza de la Tribulación

El pasaje base: Daniel 9.24-27

Para entender la Tribulación, uno tiene que entender la profecía de las 70 semanas en Daniel 9, porque la Tribulación es la septuagésima semana de la misma. Si uno no entiende este pasaje base (y clave), va a acabar tergiversando los otros que tienen que ver con este mismo tiempo. Daniel 9.24-27 es el pasaje “base y clave” porque establece el contexto de todo lo demás que se escribió en la Biblia sobre la Tribulación. Aquí está la profecía de las 70 semanas de Daniel en su totalidad:

24 Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

25 Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.

26 Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.

27 Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador. [Dan 9.24-27]

Las “semanas” no son semanas de días, sino que son semanas de años. O sea, cada “semana” es un conjunto de siete años. Por lo tanto, las 70 semanas de la profecías son 490 años (70 juegos de siete años). La última semana, la de las “abominaciones” (v27), es la de la Tribulación. Sabemos esto por lo que Cristo dijo refiriéndose a estas mismas abominaciones en Mateo 24. Dijo que los días de la abominación desoladora son “aquellos días” de la “Tribulación”.

Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel... habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. [Mat 24.15-21]

Según Daniel 9.27, esta última semana, la Tribulación, se divide en dos partes. La primera mitad será de paz y seguridad bajo un pacto que el Anticristo (el “príncipe” en Dan 9.26) establece con Israel (Dan 9.27a). Pero, a la mitad de la semana (o sea, después de tres años y medio) el príncipe hará cesar el sacrificio y la ofrenda—obviamente son los sacrificios y las ofrendas de los judíos (ver el Libro de Levítico). Al hacer esto, él quiebra el pacto de paz y empieza su persecución (las desolaciones) contra los judíos. Después de todo esto vendrá la consumación, la segunda venida de Cristo.

Esto, a grandes rasgos, es cómo será la Tribulación. Consta de los siete años antes de la segunda venida y se dividen en mitades—en dos partes iguales. La primera mitad de tres años y medio será un tiempo de paz y seguridad. Luego, viene la destrucción repentina en la segunda mitad, también de tres años y medio. Ahora lo que queremos hacer es analizar un poco más a fondo estos acontecimientos.

La primera mitad: “La Tribulación”

Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador. [Dan 9.27]

Después del arrebatamiento de la Iglesia, la Tribulación empieza. Pasarán tres años y medio de paz y seguridad bajo el mando del Anticristo. Es decir que, por fin, habrá paz en el Medio-Oriente. El Anticristo establecerá un pacto de paz con la nación de Israel (o entre Israel y sus enemigos) y las guerras terminarán. Como ya vimos, Pablo se refiere a este tiempo en 1Tesalonicenses 5.3 con la frase “paz y seguridad”.

Los primeros tres capítulos del Libro de Apocalipsis se tratan, doctrinalmente, de este mismo tiempo. Por supuesto son los capítulos que contienen las siete cartas a las siete iglesias. No obstante, esto no implica que sea algo escrito directamente a la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Una “iglesia”, por definición, es simplemente un grupo de personas llamadas afuera para una reunión o convocación. Así que, una iglesia local no tiene que ser la Iglesia, el Cuerpo de Cristo (o sea, una asamblea de cristianos). Además, por el contenido de las siete cartas es obvio que las siete iglesias locales en Apocalipsis 2 y 3 no pueden formar parte del Cuerpo de Cristo porque el Señor les dice cosas que no tienen nada que ver con nosotros, los cristianos. (Para más detalles sobre esta aplicación doctrinal de los primeros tres capítulos, ver mi comentario sobre el Libro de Apocalipsis por este mismo autor).

Si para usted el concepto de “iglesias sin cristianos” es todavía difícil de entender, piense en la condición actual del cristianismo. De todos los que forman parte del cristianismo (Católicos, Bautistas, Metodistas, Pentecostales, Presbiterianos, Luteranos, etc.), ¿cuántos realmente son cristianos, nacidos de nuevo? Si somos generosos, diríamos tal vez el 50% de todos los que se dicen ser cristianos realmente son cristianos (aunque personalmente creo que el porcentaje sería más como el 10% o quizá el 20%). Después del arrebatamiento de la Iglesia (después de la salida de los verdaderos cristianos), seguirán existiendo iglesias llenas de personas que se creen cristianas, pero que no lo son. El Anticristo se manifestará (2Tes 2.7-8) y, con la ayuda de Dios, engañará a los que se han quedado en la tierra (2Tes 2.9-12).

Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces **se manifestará aquel inicuo**, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida... [2Tes 2.7-8]

...inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y **con todo engaño** de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser

salvos. Por esto **Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira**, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. [2Tes 2.9-12]

Entonces, después de nuestra salida y la manifestación del Anticristo, se establecerá la paz bajo el pacto antes mencionado en Daniel 9.27a, y todo seguirá casi igual como antes. Debido a esto se habla de “iglesias” en Apocalipsis 2 y 3. Son las iglesias de la Tribulación, las que quedarán llenas después del arrebatación de los verdaderos cristianos. No son las iglesias de nuestra época (de la época de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo); son las congregaciones de “falsos convertidos” (personas que “creían” en Cristo, pero que “creían en vano”).

Veamos unos ejemplos del contenido de estas cartas que no se puede aplicar a los cristianos en el Cuerpo de Cristo.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios. [Apoc 2.7]

Las iglesias de Apocalipsis 2 y 3 constan de personas que podrán obtener derecho al árbol de la vida (un árbol que les dará la vida eterna). Piense en lo que implica este versículo. En primer lugar, para tener derecho al árbol de la vida, tienen que “vencer”. En este contexto, entonces, la recompensa de la vida eterna se trata de hacer obras para obtener la salvación, y luego la salvación se obtiene comiendo del fruto de un árbol. No se puede aplicar esto a nosotros hoy día en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, porque ya hemos recibido la vida eterna en Cristo Jesús. Ya hemos pasado de muerte a vida (Juan 5.24) y no necesitamos comer del árbol de vida—de hecho, los cristianos no comeremos de él nunca. También debe ser obvio que este versículo no se puede aplicar a nosotros porque nuestra salvación es por gracia, por medio de la fe y no por ninguna obra (Ef 2.8). Ya somos más que vencedores en Cristo Jesús (Rom 8.37), entonces no necesitamos vencer a nada ni a nadie para ser salvos. Apocalipsis 2.7 se trata doctrinalmente de una “iglesia” en la Tribulación—de una congregación de personas después del arrebatación de los verdaderos cristianos. Tendrán que obtener la salvación por obras (vencer) y luego por comer del fruto de un árbol.

Además, los de las iglesias de Apocalipsis 2 y 3 corren el riesgo de la segunda muerte.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte. [Apoc 2.11]

La segunda muerte se define en Apocalipsis 20.14-15 y 21.8 como el lago de fuego. ¿Qué tiene que ver esto con un cristiano? ¡Nada! Un cristiano tiene la seguridad eterna de su salvación. El mismo Señor Jesucristo dijo en Su primera venida que los que tenemos la salvación por haber creído en Él, ya tenemos la vida eterna (o sea, tenemos vida por una eternidad) y nunca jamás vendremos a la condenación del infierno

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. [Juan 5.24]

Las iglesias en Apocalipsis 2 y 3 no son iglesias cristianas. Son iglesias (congregaciones, asambleas, grupos de personas) durante la primera mitad de la Tribulación y constan de personas que no tienen la seguridad de su salvación porque, como vimos antes, su salvación depende en parte de sus obras. Si no tienen las obras que Dios requiere de ellos, no tienen la salvación y por esto serán lanzados al lado de fuego, que es la muerte segunda.

Las iglesias de Apocalipsis 2 y 3 son asambleas que pasarán por la “gran tribulación”.

He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. [Apoc 2.22]

El cristiano hoy día no tiene que temer la Gran Tribulación, los últimos tres años y medio de la septuagésima semana de Daniel. Seremos arrebatados muchos antes de este tiempo de ira divina sobre la tierra (1Tes 5.9).

Vemos también que los miembros de las iglesias de Apocalipsis 2 y 3 pueden perder su salvación siendo borrados del libro de la vida.

El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. [Apoc 3.5]

Sin embargo, el cristiano de hoy goza de la seguridad eterna de su salvación (Ef 1.13-14; Flp 1.6). Nunca jamás será borrado del libro de la vida. Todos los que se han convertido al Señor Jesucristo llegarán al paraíso. O sea, todos los que son justificados por haber creído (arrepentimiento y fe), sin excepción y sin perder a nadie en el camino, serán glorificados en Cristo.

Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. [Rom 8.30]

Así que, los primeros tres capítulos de Apocalipsis nos dan un vistazo al futuro tiempo de paz y seguridad sobre la tierra después del arrebatación de los cristianos. El “cristianismo” (falso) seguirá porque los “cristianos de domingo” se quedarán en el arrebatación—son falsos convertidos no verdaderos cristianos. Todos los que se creen cristianos pero que no lo son, serán dejados atrás. Entonces, durante los primeros tres años y medio habrá iglesias llenas de personas que seguirán asistiendo a los servicios porque el mundo entero estará en un periodo de paz y seguridad. El Anticristo, con su pacto, logrará conseguir la paz en el Medio-Oriente (y también en todo el mundo) por tres años y medio. Sin embargo, después de aquel lapso corto él cambiará el trato.

La abominación desoladora

Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador. [Dan 9.27]

A la mitad de la semana, después de los primeros tres años y medio de paz y seguridad, se quebrará el pacto que el Anticristo estableció con Israel. En Mateo 24.15 Cristo llama este evento la “abominación desoladora” porque será al día cuando el Anticristo entrará en el templo de Dios en Jerusalén y se proclamará “el Cristo”, Dios en la carne. Aun hará señales, prodigios y milagros para “comprobarlo”.

Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que **se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**. [2Tes 2.3-4]

Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, [2Tes 2.9]

Cuando el Anticristo ya se proclame “Dios en la carne”, la escena cambiará rápida y drásticamente. El mundo entrará en la última mitad de la Tribulación, un tiempo de angustia, de destrucción y de ira divina.

La segunda mitad: “La Gran Tribulación”

Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador. [Dan 9.27]

Pablo se refiere a estos tres años y medio como un tiempo de “destrucción repentina”.

Que cuando digan: Paz y seguridad [la primera mitad de la Tribulación], entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina [la segunda mitad de la Tribulación llamada la “Gran Tribulación”], como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. [1Tes 5.3]

Los capítulos del 5 al 19 del Libro de Apocalipsis se tratan de este tiempo de devastación. Dios nos muestra la Gran Tribulación a través de los siete sellos, las siete trompetas, los siete personajes y las siete copas. Son cuatro relatos diferentes, desde diferentes puntos de vista, del mismo tiempo. O sea, exactamente como los cuatro Evangelios relatan el mismo evento (la primera venida de Cristo), desde cuatro diferentes puntos de vista, las cuatro relatos de Apocalipsis 5-19 nos muestra la Gran Tribulación y la segunda venida desde cuatro perspectivas diferentes.

En el momento de la abominación desoladora, cuando el Anticristo rompa el pacto de paz, el remanente fiel de Israel huirá al desierto, probablemente al lugar que se llama Petra.

Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. [Mat 24.15-22]

Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días. [Apoc 12.5-6]

Allí en el desierto la mujer, la nación de Israel, será protegida por 1.260 días, que son 42 meses lunares (meses de 30 días), o tres años y medio. Se trata de la última mitad de la semana septuagésima de Daniel, la Gran Tribulación.

Es durante este mismo tiempo que los dos testigos, Moisés y Elías, predicarán en Jerusalén (Apoc 11.1-7). Apocalipsis 11.3 dice que ellos predicarán por 1.260 días, que son los mismos 42 meses de la última mitad de la Tribulación, justo antes de la segunda venida de Cristo.

Lo que pondrá fin a la Gran Tribulación será la segunda y gloriosa venida del Señor Jesucristo (Apoc 19.11-21). Y la primera cosa que Cristo hará cuando llegue a la tierra por la segunda vez será juzgar a las naciones.

EL JUICIO DE LAS NACIONES

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda... E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. [Mat 25.31-46]

Durante la Tribulación el Anticristo va a dirigir varias campañas militares contra la nación de Israel (Apoc 12.17). Al fin y al cabo, el ejército de la naciones unidas llegará a Jerusalén para acabar con los últimos judíos que estarán allí.

He aquí, el día de Jehová viene, y en medio de ti serán repartidos tus despojos. Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad. [Zac 14.1-2]

Note que la primera parte de Zacarías 14.1 dice que “el día de Jehová viene”, entonces en el contexto estamos leyendo acerca de la historia justo antes de la segunda venida (el día de Jehová)—se trata de los últimos días de la Gran Tribulación. La campaña militar de las naciones unidas será el comienzo de la famosa batalla de Armagedón, porque Cristo vendrá para rescatar a Su fiel remanente de judíos y juzgar a las naciones por su trato con Israel.

Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. [Zac 14.3]

El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, **para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso**. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón. [Apoc 16.12-16]

El juicio de las naciones, entonces, es un juicio para los individuos de las naciones gentiles que estarán vivos en la segunda venida. Para entender bien este juicio y no interpretarlo equivocadamente, hay que prestar atención a las palabras individuales del pasaje en cuestión (Mat 25.31-46). Aunque las naciones serán reunidas, Mateo 25.32 dice que serán “los” individuos que serán juzgados y “los” individuos que serán separados los unos de los otros. Dios es justo y por tanto no condenará a los individuos (“los” de Mat 25.32) simplemente porque su nación (que sería “la” o “las” en el contexto si se tratara de naciones) no haya tenido buen trato con Israel. Así que, este juicio, sí, será un juicio de “naciones” porque se trata de las naciones gentiles que existirán durante la Tribulación. No obstante, será un juicio de cada individuo—cada gentil—de dichas naciones. Los demás gentiles que murieron antes del final de la Tribulación, antes de la segunda venida, serán juzgados aparte, por último en el juicio del Gran Trono Blanco. La base de este juicio de las naciones es la promesa que Dios hizo con Abraham y su descendencia en Génesis 12.

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. [Gen 12.1-3]

Esta es una promesa sin condiciones. Si alguien bendice a la nación de Israel, Dios le bendecirá. Pero, si le maldice (si maltrata al pueblo escogido), Dios le maldecirá. Esta promesa traspasa dispensaciones y sigue vigente aun hasta la eternidad y la nueva creación. Desde Génesis 12, las naciones gentiles se levantan o caen con base en su trato con la nación de Israel. Así que, en Su segunda venida Cristo tomará a todos los gentiles de todas las naciones y los juzgará conforme a sus obras, conforme a cómo hayan tratado a los judíos en la Tribulación.

El juicio de las naciones se llama a veces el juicio de las ovejas y de los cabritos. Los que reciben la salvación en este juicio son las ovejas y los que se condenan son los cabritos. El juicio es el proceso de separarlos el uno del otro, y es obvio que toma lugar en la segunda venida porque Mateo 25.31 se trata de la venida gloriosa del Mesías para sentarse en Su trono de gloria, el trono de David en Jerusalén.

La primera parte del juicio de las naciones tiene que ver con los gentiles que son las “ovejas” y son los que reciben la salvación y la vida eterna (Mat 25.34-40). Los gentiles que, durante la Tribulación, cuidan a los judíos (a los hermanos de Jesucristo; Mat 25.40), ellos podrán entrar en el Milenio. En este mismo pasaje ellos son llamados “justos” y la Biblia dice que recibirán la vida eterna por haber cuidado aun sólo a “uno de estos Mis hermanos más pequeños”.

E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. [Mat 25.46]

Tenemos un buen cuadro de esto en la Segunda Guerra Mundial, durante el Holocausto de los judíos en Alemania. Había personas que escondían a los judíos para salvarles la vida. Aun en nuestros días se ha

hecho películas de esta historia, una de las más conocidas es “La Lista de Schindler”. Los que hacen esto durante la Tribulación conseguirán la salvación, en parte, por sus obras (se dice “en parte” aquí porque la salvación siempre es por la gracia y la misericordia de Dios; nadie en ninguna dispensación “merece el cielo” por sus obras). Otra vez, entienda que el juicio de las naciones se basa en las promesas de bendición y maldición en el pacto de Abraham (Gen 12.1-3). El gentil que le salva la vida a un judío en la Tribulación (o que por lo menos lo cuida de alguna manera), recibirá la bendición de vida eterna en el juicio de las naciones. Entrará en el Milenio vivo, salvo y con la seguridad eterna de su salvación.

La parte de este juicio que es tal vez la más interesante es que muchos ni siquiera va a saber que tienen la salvación. O sea, el pasaje parece decir que “la fe” no figura en el asunto de su salvación. Dice que estos “salvos” no estaban tratando de seguir a Dios o agradecerle a Dios. Simplemente quisieron ayudar a los pobres judíos durante la persecución del Anticristo y Dios les recompensa en el juicio de las naciones con la salvación y la vida eterna. Primero, Cristo destaca lo que ellos hicieron.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. [Mat 25.35-36]

Luego, los “justos” le preguntan: “¿Cuándo...?” ¡No sabían lo que hicieron! ¡No sabían que hicieron algo por y para el Mesías!

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? [Mat 25.37-39]

Su salvación se basa en las obras y la gracia de Dios, no en la fe. No tiene que ver con fe porque no cuidaron a los judíos pensando en Dios. Más bien, se sorprenden cuando se dan cuenta de que han recibido la bendición de la salvación eterna. Así que, ellos se salvan por haber cuidado a los judíos (y basta con cuidar a uno pequeño) durante la Tribulación.

Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. [Mat 25.40]

Por haber hecho esto, Dios les dará la recompensa de participar en el reino mesiánico, el Milenio, y también la de la salvación, la vida eterna.

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. [Mat 25.34]

E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. [Mat 25.46]

Puesto que este juicio se trata de las obras de los gentiles (su trato con los judíos y la nación de Israel), los que no “bendicen” a los judíos serán condenados al fuego eterno del lago de fuego. Note que también esta parte del juicio también se trata de obras: Cristo sólo habla de su trato a los judíos durante la Tribulación.

Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. [Mat 25.42-43]

Así que, por haberles maltratado a los judíos (durante la Tribulación van a tratar otra vez de exterminarlos por el genocidio), estos gentiles irán al castigo eterno del lago de fuego.

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. [Mat 25.41]

E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. [Mat 25.46]

Lo más importante que hemos de recordar en cuanto a este juicio es la promesa de Génesis 12.3. Esta promesa forma parte de un pacto incondicional que Dios hizo con Abraham, con sus descendientes y con la nación que saldría de su linaje (la nación es Israel). Dios hizo la promesa sin condiciones y aun antes de la ley de Moisés. Así que, no tiene que nada que ver ni con la obediencia ni con la desobediencia de los judíos. Su apostasía y su rebeldía no cambian la promesa de Dios, ni siquiera el hecho de que crucificaron a su Mesías. Todavía hoy en día las naciones que bendicen a Israel son benditas de parte de Dios. Las que no quieren ayudar y cuidar al pueblo escogido de Dios se encuentran en problemas serios. Así que, el juicio de las naciones es una de las más plenas manifestaciones de las consecuencias de la promesa que Dios hizo con Abraham y sus descendientes. Unos gentiles se ganarán la salvación por obras (por la gracia de Dios, pero sus obras figuran en su salvación), por haber cuidado a los judíos en la Tribulación (y se sorprenderán cuando se den cuenta). Otros se condenarán por haber perseguido a los judíos bajo el liderazgo del Anticristo. Dios tomará su trato con los judíos como si fuera el trato con Él mismo (o sea, servir a los judíos en su necesidad será como servirle a Dios mismo; ver también: Sal 9 y Joel 3).

Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; Admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, Y alegraos con temblor. Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; Pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían. [Sal 2.10-12]

EL JUICIO DEL GRAN TRONO BLANCO

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. [Apoc 20.11-15]

Cuando algún inconverso habla de un juicio general al final de su vida, un juicio de sus obras (buenas y malas), aunque no lo sabe, está hablando del juicio del Gran Trono Blanco. Este es el justo juicio cuando Dios saca Su perfecta Ley moral (la Ley que escribió en cada corazón de cada ser humano, además de escribirla en dos tablas de piedra; Exod 20.1-17) para juzgar a los hombres por ella.

Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero **ofendiere en un punto**, se hace **culpable de todos**. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como **los que habéis de ser juzgados por la ley** de la libertad. [Stg 2.10-12]

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de **la ley**, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando **la obra de la ley escrita en sus corazones**, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, **en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres**, conforme a mi evangelio. [Rom 2.14-16]

El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y **guarda sus mandamientos**; porque esto es el todo del hombre. Porque **Dios traerá toda obra a juicio**, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala. [Ecl 12.13-14]

Dios ha puesto el temor de este juicio en el corazón de cada hombre en esta tierra porque sirve para llevarlo a la justicia y la salvación que hay únicamente en Cristo Jesús. ¿Quién será hallado “justo” (sin ninguna violación de la Ley de Dios) en aquel día del justo juicio de nuestro Creador? ¡Nadie!

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. [Rom 3.10-12]

El tiempo y el lugar del juicio del Gran Trono Blanco

Tomará lugar después del Milenio

Para ubicar bien este juicio, repasemos la sucesión de los eventos por venir desde ahora y hasta el Gran Trono Blanco. Nosotros que estamos viviendo en la época de la Iglesia esperamos nuestro arrebatamiento —es el próximo evento en el calendario profético de Dios. No hay ninguna señal que Dios nos ha prometido antes de este evento y por esto aun el Apóstol Pablo estaba esperándolo en sus días durante el primer siglo (1Tes 4.13-18; note el uso de “nosotros”; Pablo estaba esperando ser arrebatado cuando lo escribió alrededor del año 54 d.C.). El arrebatamiento es también cuando Dios nos resucitará corporalmente—o sea, nos transformará los cuerpos dándonos cuerpos glorificados como el de Dios (1Cor 15.51-58; Flp 3.20-21).

Justo después del arrebatamiento de la Iglesia (los cristianos), habrá un juicio tanto en el cielo como en la tierra. El Señor juzgará a los cristianos en el tercer cielo delante del Tribunal de Cristo, y mientras que nosotros estemos pasando por nuestro último juicio, los moradores de la tierra (especialmente los judíos) estarán pasando por el juicio de la Tribulación, la septuagésima semana de Daniel.

Al final de los siete años de la Tribulación, Cristo viene por segunda vez (Apoc 19.11-21), encierra a Satanás en el abismo y establece Su reino mesiánico del Milenio (Apoc 20.1-6). Después de los mil años de paz en la tierra, Satanás será suelto de su prisión para montar una rebelión más contra Dios. En este momento cae el fuego del cielo que destruye no sólo la rebelión satánica sino también los cielos y la tierra (2Ped 3.10-13). Después de la destrucción del mundo que conocemos y antes de la nueva creación en la eternidad (Apoc 21.1-2), el juicio del Gran Trono Blanco tomará lugar (Apoc 20.11-15).

Unos propósitos del Milenio. Puesto que este juicio toma lugar al final del Milenio, es importante entender varios de los propósitos del reino mesiánico. En primer lugar el Milenio es el tiempo cuando Jesucristo tomará posesión de lo Suyo propio: El reino unido (o universal).

El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. [Apoc 11.15]

El reino unido es el conjunto de los tres reinos que se mencionan en la Biblia. Consta del reino físico de Israel, el que se llama “el reino de los cielos” (ver el libro *Cómo estudiar la Biblia* por esto autor para más detalles sobre este y los otros dos reinos). También se incluye el reino espiritual de la Iglesia, que se llama en la Biblia “el reino de Dios”. Además, en la segunda venida Cristo tomará control de “los reinos del mundo”, que es el reino carnal y mundano de los gentiles (o sea, es el reino de las naciones, países y grupos étnicos que existen en la tierra). Así que, uno de los propósitos primordiales del Milenio es el de darle al Rey de reyes lo que le pertenece: Su reino unido.

Además, el Milenio sirve como el tiempo de la recompensa de los cristianos. La Biblia dice que cada cristiano recibirá la recompensa de herencia al final de nuestra época (en el Tribunal de Cristo; 2Cor 5.10; 1Cor 3.10-15).

Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. [Col 3.24]

Observe que la herencia de un cristiano es como una recompensa—es algo condicional y depende de lo que uno hace (porque Dios le “recompensará”). En el Libro de Romanos, Pablo menciona este asunto de nuestra herencia condicional en el capítulo 8.

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, **si es que** padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. [Rom 8.17]

Habrá herencia para los cristianos que padecen juntamente con Cristo en Su misión durante nuestra época (la misión de “edificar la Iglesia” a través del evangelismo y del discipulado; Ef 2.10; 4.11-16; Luc 19.10; Mat 28.19-20; 2Tim 2.2; etc.). Pero también habrá condenación (o sea, la pérdida de recompensa, no la condenación al infierno) para los que escogen otro estilo de vida.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que est n en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. [Rom 8.1]

Esto es lo que el Apóstol Pablo dice también en los Libros de Gálatas y Efesios. Los que no viven para Cristo hoy, sino que viven para sí mismos y para satisfacer sus propios deseos carnes, no “heredarán” el reino de Dios. Nacieron de nuevo en el reino de Dios (Juan 3.3-6), entonces no puede perder su salvación. Pero, no tendrán herencia en el reino (en el Milenio)—no “heredarán” el reino (su parte en el reino).

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas **no heredarán** el reino de Dios. [Gal 5.19-21]

Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, **tiene herencia** en el reino de Cristo y de Dios. [Ef 5.5]

Nuestra herencia condicional que podemos perder por no hacer las obras que Dios nos mandó hacer, es la de reinar con Cristo en el Milenio—es ser “coheredero” con Cristo en Su reino mesiánico.

Si sufrimos, también reinaremos con él; Si le negáremos, él también nos negará. Si fu remos infieles, él permanece fiel; El no puede negarse a sí mismo. [2Tim 2.12-13]

Fíjese bien en lo que dice este pasaje de 2Timoteo porque muchos quieren tergiversarlo para enseñar que un cristiano puede perder la salvación. En el versículo 12 la Biblia dice que si sufrimos con Cristo (si padecemos juntamente con él en la misión; Rom 8.17), reinaremos con él. Pero si le negáremos (si escogemos no sufrir con él—no participar con él la misión), él también nos negará.  Pero, no nos negará la salvación! En el contexto, nos negará el reinar con él en el Milenio. Nos negará ser coherederos con él cuando entre en Su reino mesiánico. El último versículo del pasaje aclara cualquier duda que queda acerca de la pérdida de la salvación. Si somos infieles no podemos perder la salvación porque Cristo no puede negarse a Sí mismo y nosotros somos este “Sí mismo” porque somos el Cuerpo de Cristo, miembros de él (Ef 5.30).

En Lucas 19.11-27, el Señor nos da una ilustración de nuestra “recompensa por fidelidad” (y note que se trata del “reino de Dios”, el nuestro; Luc 19.11). Además, hay una buena explicación del juicio de nuestra obra y del aspecto condicional de nuestra recompensa en 1Corintios 3.10-15 (ver también el cuarto juicio de este capítulo: el Tribunal de Cristo). El Milenio será el tiempo de la recompensa de los cristianos—el tiempo para “experimentar” la recompensa que uno recibe en el Tribunal de Cristo. Algunos recibirán mucho (responsabilidad y reconocimiento) y otros poco. Todo depende de nuestra fidelidad hoy en la obra a la cual Dios nos ha llamado.

Los otros propósitos del Milenio son varios y diferentes. Por ejemplo, durante el reino de los mil años los descendientes de Abraham recibirán la tierra que Dios les prometí en pasajes como Génesis 12.7, 13.14-15 y 15.18. Además, en el Milenio empezarán a cumplir otra vez con la comisión que Dios les dio a Adán y a Eva en Génesis 1.26-28, la de fructificar, multiplicarse y llenar la tierra con sus descendientes físicos. Por supuesto, esta comisión se cumplir  en la eternidad, pero tiene su nuevo comienzo en el Milenio. Los mil años servirán también para que todo el mundo pueda ver un reino justo y recto, el reino de Cristo Jesús.

El último propósito del Milenio, y tal vez el más importante, es el de quitarle al hombre su última excusa por su pecado: “El diablo me obligó a hacerlo”. En cada una de las siete dispensaciones de Génesis a

Apocalipsis, Dios prueba al hombre en un área diferente de su vida, y el hombre fracasa en cada prueba (porque sin Dios, nada podemos hacer; Juan 15.5). La última prueba toma lugar cuando Dios quita al diablo de la tierra, y al hacer esto le quita al hombre su influencia. Por esto, nadie tendrá la excusa que siempre se usa, que “el diablo me obligó a hacerlo”. El hombre verá que él mismo toma sus propias decisiones y que sin Dios, nada bueno puede hacer. Su pecado es “su” pecado—él es el culpable, nadie más, ni siquiera el diablo. El Milenio constará de mil años de paz sobre la tierra porque Satanás estará atado y encerrado en el abismo (Apoc 20.1-3). Dios usa este tiempo para mostrarle al hombre su necesidad de Él (de Dios) en su vida.

La naturaleza del Milenio. Puesto que el juicio del Gran Trono Blanco toma lugar después del Milenio, es importante que entendamos también algo de la naturaleza de estos mil años que preceden este último juicio. La estructura del Milenio (cómo funciona, quién está a cargo de qué, etc.) se explica en los capítulos del 40 al 48 del Libro de Ezequiel. También se puede ver la “Constitución del Reino” en lo que se llama a veces el Sermón del Monte en los capítulos del 5 al 7 del Libro de Mateo. Estos dos pasajes dan un amplio conocimiento de cómo se va a dirigir el reino mesiánico por los mil años. Lo que sigue es un resumen de algunos detalles del Milenio que son los más importantes (e interesantes).

En Hechos 3, Pedro le anunció a Israel la venida del Señor y el reino que Él establecería aquí en la tierra.

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. [Hech 3.19-21]

Según este pasaje, el Milenio será un tiempo de “refrigerio” y de “restauración”. Durante el Milenio la creación será libertada de la maldición de Génesis 3—de su esclavitud a la corrupción (Rom 8.19-22). Por esto, el desierto florecerá (Isa 35.1-2) y la tierra producirá cuatro cosechas al año, una en cada estación (Amós 9.13). Además los animales silvestres volverán a ser domésticos comiendo paja y no carne (Isa 11.6-8; 65.25). Las vidas largas, como antes del diluvio de Noé, volverán también (Isa 65.20). No habrá más guerras (Isa 2.4) y habrá paz y justicia en toda la tierra (Isa 11-12). Los judíos recibirán un conocimiento pleno, común e innato de Dios (Jer 31.31-34; Heb 8.11) y por lo tanto no habrá necesidad de profetas entre los judíos (Zac 13.1-6). Durante este tiempo, entonces, los judíos cumplirán con la Gran Comisión (Mat 28.19-20; Hech 1.8) de llenar la tierra con el conocimiento de Dios (Isa 11.9), llevando la Palabra de Dios a las naciones gentiles.

Sin embargo, a pesar de todo lo bueno que podemos ver en la naturaleza del Milenio, siempre existirá el pecado y la maldición en el hombre. Vemos una indicación de esto en el aviso que Dios les da a las naciones en el Milenio acerca de obedecerle a Él. Por ejemplo, en Zacarías 14, Dios manda a las naciones gentiles del Milenio a subir de año en año para celebrar la fiesta solemne de los tabernáculos (es un recordatorio de la venida de Cristo; viene durante la fiesta de los tabernáculos, alrededor de la tercera semana de septiembre). Pero, habrá naciones que no le harán caso. Parece que habrá otras que, sí, obedecerán pero a regañadientes. Isaías menciona esto también.

Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, Jehová de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia. Y si la familia de Egipto no subiere y no viniere, sobre ellos no habrá lluvia; vendrá la plaga con que Jehová herirá las naciones que no subieren a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Esta será la pena del pecado de Egipto, y del pecado de todas las naciones que no subieren para celebrar la fiesta de los tabernáculos. [Zac 14.16-19]

Porque la nación o el reino que no te sirviere perecerá, y del todo será asolado. [Isa 60.12]

Por esto será muy fácil para el diablo, cuando por fin sale de su prisión después del Milenio, montar otra rebelión contra Dios. Saldrá del abismo y encontrará a muchos gentiles (si no la mayoría de ellos) listos para rebelarse después mil años de haber tenido que obedecerle a Dios casi a la fuerza.

Quando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. [Apoc 20.7-9]

Tomará lugar en la nada

El fuego que descende en Apocalipsis 20.9 es la misma que destruye los cielos y la tierra, el mundo que nosotros conocemos hoy en día. Justo después de que el fuego descende para acabar con Satanás y su rebelión, la Biblia dice lo siguiente.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. [Apoc 20.11]

La tierra y el cielo huirán de delante del Gran Trono Blanco, y el pasaje dice que ningún lugar se encontrará para ellos. Si “ningún” lugar se encuentra para ellos, ¿en dónde están? No están en ningún lugar porque no existen. Al final del Milenio (después de los mil años del “día del Señor”), toda esta creación se arderá en un fuego que lo quemará todo, hasta los mismos elementos.

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. [2Ped 3.10-13]

Los cielos pasarán con grande estruendo porque se estallarán en un fuego que lo destruirá todo (y será una destrucción a nivel molecular—hasta los elementos). La tierra, entonces, y todo lo que en ella hay, serán quemados y Dios deshará todo lo que hizo en el principio (Gen 1.1, el cielo y la tierra). Él lo hizo todo de la nada en Génesis 1.1 y lo volverá todo a la nada después del Milenio.

Entonces, durante el tiempo del juicio del Gran Trono Blanco, no habrá cielos ni tampoco una tierra. Dios creará los cielos nuevos, la tierra nueva y la nueva Jerusalén hasta Apocalipsis 21.1-2, al comienzo de la eternidad. Por esto, entre Apocalipsis 20.11 y 21.1, durante el tiempo de este último juicio, estaremos en la nada mientras que Dios juzgue a varias personas de cinco grupos diferentes.

Los cinco grupos que Dios juzgará en el juicio del Gran Trono Blanco

Los inconversos de todas las épocas (de todas las dispensaciones)

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. [Apoc 20.13]

Estos inconversos son los hombres de todas las épocas que han estado en el infierno hasta el día de este juicio. El infierno es el lugar de tormento en el Hades (el Hades se llama “el Seól” en el Antiguo Testamento). Lucas 16.19-31 se trata de este lugar, el Hades, y lo describe como un espacio—un lugar—en el corazón de la tierra que consta de dos compartimientos separados por una gran sima (el pozo del abismo). Uno de los compartimientos era el paraíso hasta la resurrección de Cristo Jesús y se llamaba el seno de Abraham. En Su resurrección Cristo llevó a los santos consigo a los santos del seno de Abraham

—los llevó al tercer cielo. Pero siempre existe el otro compartimiento que se llama el infierno. Es el lugar de tormentos en llamas de fuego. Cuando un inconverso muere hoy día (y hasta el juicio del Gran Trono Blanco), se va inmediatamente a este lugar de castigo (ver también Mar 9.43-48 y el Apéndice D de este libro para más detalles).

Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. [Luc 16.23]

Apocalipsis 20.13 dice que el Hades entregará los muertos que están ahí para que sean juzgados delante del Gran Trono Blanco. Los muertos en el Hades son los que murieron sin la vida prometida de Dios. O sea, son los inconversos—los impíos—de todas las épocas desde Caín hasta el último pecador que morirá sin la salvación en la rebelión satánica después del Milenio. Todos serán juzgados en el juicio del Gran Trono Blanco. Sus nombres no se hallarán inscritos en el libro de la vida, y por lo tanto ellos serán lanzados al lago de fuego. Los podremos ver en aquel lago durante toda la eternidad.

Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. [Apoc 20.15]

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová. Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre. [Isa 66.22-24]

Los santos del Antiguo Testamento

Estos son los que Cristo se llevó consigo al tercer cielo en Su resurrección, los que fueron llevados a la presencia de Dios en el primero arrebatamiento. Los santos que murieron antes de la crucifixión de Cristo Jesús, se fueron primero al paraíso en el corazón de la tierra (el lugar que mencioné antes: El seno de Abraham) y ahí esperaron la muerte sustituta de Cristo y la redención eterna que Él nos consiguió.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. [Luc 16.19-22]

Cuando Cristo estaba en la cruz, Él le dijo al malhechor arrepentido, que “hoy” (el día de Su muerte) estaría en el paraíso con Él (Luc 23.43). Este lugar—el paraíso—quedaba en el corazón (en el centro) de la tierra, porque Cristo dijo en Mateo 12.40 que como Jonás estuvo en el vientre del gran pez por tres días y tres noches, así “estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Al comparar estos dos pasajes, entonces, entendemos que el paraíso de aquel entonces quedaba en el seno de Abraham, un lugar en el centro de la tierra. Esto es lo que vemos también en los escritos de Pablo.

Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, Y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. [Ef 4.8-10]

Después de morir en la cruz, Cristo descendió primero a las partes más bajas de la tierra. Él descendió al seno de Abraham en el corazón de este planeta y después de tres días, cuando resucitó, llevó a los santos de ahí consigo. Los llevó a lo alto, al tercer cielo y a la presencia de Dios. Estos santos del Antiguo Testamento eran “cautivos” en el seno de Abraham porque no podían salir de ahí hasta la muerte de Cristo y Su propiciación en la cruz. Los santos del Antiguo Testamento tenían el perdón de sus pecados. Pero no tenían la eterna redención porque la sangre de los sacrificios de animales no podía quitarles sus pecados. Sólo servía para “cubrirlos” hasta el último y final sacrificio de Jesucristo en la cruz.

Que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que **de ningún modo tendrá por inocente al malvado**; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. [Exod 34.7]

Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos **no puede quitar los pecados**. [Heb 10.4]

Es decir que Dios, debido a los sacrificios de los animales inocentes, “pasaba por alto” los pecados de los santos del Antiguo Testamento, esperando la propiciación de la muerte sustituta de Cristo.

A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados. [Rom 3.25]

Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan. [Hech 17.30]

Por esto, aunque el santo del Antiguo Testamento tenía el perdón de sus pecado, tuvo que esperar la muerte de Cristo para recibir la plena remisión de sus pecados que vino con la eterna redención que Cristo consiguió en la cruz.

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. [Heb 9.15]

Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. [Heb 9.12]

Una vez que Cristo murió, resucitó y llevó Su sangre a la presencia de Dios el Padre en el tercer cielo, los santos “cautivos” pudieron salir del seno de Abraham e ir a la presencia de su Creador. Entonces, el seno de Abraham sirvió como algún tipo de “sala de espera” mientras que los santos esperaban la redención eterna que Cristo conseguiría en la cruz.

Es interesante observar que algunos de estos santos del Antiguo Testamento se quedaron en la tierra antes de irse al tercer cielo. Salieron con Cristo en Su resurrección y entraron a Jerusalén para darles a los judíos una señal de la veracidad de la resurrección.

Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. [Mat 27.51-53]

Ahora, después de la resurrección de Cristo, el seno de Abraham está cerrado. Cuando un santo muere hoy día, se va directamente al tercer cielo, a la presencia de Dios.

Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. [2Cor 5.8]

Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor. [Flp 1.23]

Lo importante que hemos de rescatar de todo esto en cuanto a los santos del Antiguo Testamento es que hasta la fecha no han sido juzgados. Por lo tanto estarán en el juicio del Gran Trono Blanco y sus nombres se hallarán inscritos en el libro de la vida y pasarán vivos y salvos a la eternidad. Piense, por ejemplo, en Moisés. Él se halla inscrito en el libro de la vida.

Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. [Exod 32.31-32]

Aunque él, como los demás santos del Antiguo Testamento, no tenía la seguridad eterna, una vez que murió, su destino eterno se concretó (porque se fue para el seno de Abraham, el paraíso, para esperar la eterna redención en Cristo Jesús). Hay que notar aquí la gran diferencia entre la salvación de estos santos del Antiguo Testamento, como Moisés, y la nuestra durante la época de la Iglesia. Nosotros tenemos la seguridad eterna de nuestra salvación (Rom 8.30, 38-39; Ef 1.13-14; Flp 1.6), pero ellos no.

Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste traeré yo de mi libro. [Exod 33.33]

Si el santo del Antiguo Testamento murió con la salvación (con su nombre inscrito en el libro), entonces, sí, tenía la seguridad de su salvación y (después de la muerte) no la podía perder. Sin embargo, la podía perder antes de la muerte y si murió después de perderla (y antes de “recuperarla”) ahora está en el infierno.

Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo. Por cuanto tuvo en poco la palabra de Jehová, y menospreció su mandamiento, enteramente será cortada esa persona; su iniquidad caerá sobre ella. [Num 15.30-31]

Los santos del Antiguo Testamento, por haberse sido hallados inscritos en el libro de la vida durante el juicio del Gran Trono Blanco, tendrán derecho al árbol de la vida en la eternidad (durante los primeros días de la nueva creación).

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. [Apoc 22.1-2]

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. [Apoc 22.14]

Este árbol de la vida funciona exactamente como el árbol de la vida que se ve en el Libro de Génesis. Da vida eterna a un cuerpo físico.

Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. [Gen 3.22]

El árbol de la vida da vida eterna al cuerpo porque uno come físicamente una fruta física con su cuerpo físico. Así que recibe vida eterna en su cuerpo por haber comido del fruto del árbol de la vida. (Ver el Apéndice E para más detalles sobre el árbol de la vida.)

En el juicio del Gran Trono Blanco, Dios juzgará a los santos del Antiguo Testamento, los mismos que Cristo llevó consigo al tercer cielo cuando resucitó. Los nombres de estos santos se hallarán inscritos en el libro de la vida y por lo tanto ellos pasarán a la eternidad para recibir la vida eterna en sus cuerpos comiendo del fruto del árbol de la vida.

Los santos de la Tribulación

Los santos muertos de la Tribulación. Estos santos son, en primer lugar, los que mueren como mártires por su testimonio durante el tiempo de la Tribulación. Muchos morirán en la Tribulación por la Palabra de Dios y por su testimonio de creer en Jesús como el Mesías (Apoc 6.9-11). Otros morirán porque no quieren tomar la marca de la bestia—el Anticristo.

Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. [Apoc 6.9]

Cuando ellos mueren, sus almas van directamente al tercer cielo, a la presencia de Dios. Luego, estos mismos mártires vivirán y reinarán con Cristo durante los mil años del Milenio.

Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi **las almas de los decapitados** por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y **vivieron y reinaron con Cristo mil años**. [Apoc 20.4]

Sin embargo, en ningún lugar se habla de su juicio, ni por salvación ni por recompensa. Así que, tal vez como una formalidad, estos mártires de la Tribulación serán juzgados al final del Milenio, en el juicio del Gran Trono Blanco. Se hallarán, por supuesto, inscritos en el libro de la vida y tendrán derecho al árbol de la vida.

Habrán otros santos de la Tribulación que mueren durante la Tribulación, pero no serán mártires. Por ejemplo, habrá muchos que mueren durante las plagas y los otros juicios que Dios derrama sobre la tierra. Otros morirán por causas naturales como la vejez. Puesto que son santos y mueren con la salvación, no van al infierno con los inconversos, sino al cielo, al paraíso y la presencia de Dios. Estos santos no volverán a vivir hasta después del Milenio.

Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. [Apoc 20.5]

Puede ser que otra vez el seno de Abraham se abra para que ellos puedan pasar el Milenio ahí en puro reposo (porque después de la segunda venida, parece que nadie se queda en el tercer cielo; Apoc 19.14). O puede ser que se queden (sus almas) en el tercer cielo hasta después de los 1.000 años del reino mesiánico. En aquel entonces serán resucitados y juzgados con los demás santos de la Tribulación en el juicio del Gran Trono Blanco. Se hallarán inscritos en el libro de la vida y pasarán del juicio a la eternidad con derecho al árbol de la vida.

Los santos vivos de la Tribulación. Habrá gente que todavía estará viva cuando Cristo venga en su segunda venida. Habrá un arrebatamiento de los santos después de la Tribulación y por esto ellos entrarán en el Milenio vivos (Apoc 14.15-16; Mat 13.40-42). Puede ser que haya algunos que creyeron el evangelio eterno predicado por los ángeles durante la Tribulación y no serán arrebatados con los otros santos (Apoc 14.6-7). Ellos también pasarán vivos de la Tribulación al Milenio. Esta gente salva morirá físicamente durante el Milenio, de vejez si no de otra cosa porque nadie vivirá por todos los mil años del Milenio (salvo los resucitados de Apocalipsis 20.4 y los cristianos que estaremos con nuestros cuerpos glorificados y eternos en aquel entonces). Cuando estos santos mueren, parece que van a ir al seno de Abraham para esperar su juicio, el del Gran Trono Blanco. Ellos serán resucitados en aquel momento de juicio, se hallarán inscritos en el libro de la vida y así pasarán a la eternidad para recibir la vida eterna en sus cuerpos físicos comiendo del fruto del árbol de la vida.

Los santos del Milenio

Los que pasan de la Tribulación al Milenio. Habrá gente, como acabamos de ver, que el Señor arrebatará al final de la Tribulación y que pasará viva al Milenio. O sea, entrarán en el Milenio con sus cuerpos normales, como los cuerpos que los hombres ahora tienen (Apoc 14.15-16). Habrá otros (gentiles) que pasarán vivos de la Tribulación al Milenio en un cuerpo normal, pero sin ser arrebatados (por ejemplo, los que consiguen la vida eterna en el juicio de las naciones; Mat 25.31-34). Estas personas morirán en el Milenio, porque aunque tienen la salvación (la vida eterna), todavía tienen sus cuerpos pecaminosos, como los que ahora tenemos. Parece que sus almas van al seno de Abraham para esperar la resurrección general después del Milenio, justo antes del juicio del Gran Trono Blanco.

Los que nacen en el Milenio. Durante el Milenio nacerán niños y morirán (Isa 11.8; 65.20). Aunque será como en los tiempos antes del diluvio de Noé, con vidas largas otra vez, casi nadie va a vivir más de mil años. Así que, los bebés nacerán, crecerán, vivirán por muchos años y luego morirán. Parece que los salvos irán al seno de Abraham mientras que los inconversos, por supuesto, irán al infierno (y, sí, habrá inconversos aun durante el Milenio: Zac 14.16-19; Isa 60.12).

Los santos del Milenio y el árbol de la vida.

En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. [Apoc 22.2]

Los santos del Milenio se hallarán inscritos en el libro de la vida y por lo tanto pasarán a la eternidad para recibir la vida eterna eterna comiendo del fruto del árbol de la vida. El fruto del árbol de la vida da vida eterna a un cuerpo físico, pero, ¿para qué sirven las hojas de este árbol?

Las hojas, dice Apocalipsis 22.2, sirven para “sanar” a las naciones. Pero, ¿sanarlos de qué? Es un árbol que da vida eterna al que no la tiene, entonces las hojas tienen que sanar algo que tiene que ver con lo mismo. Parece que las hojas son para sanar la “enfermedad” del pecado. Observe que el versículo dice que son para la sanidad “de las naciones”, una referencia a los gentiles. ¿Cuáles gentiles necesitarán la sanidad del pecado en sus cuerpos en la eternidad. Todos los que mueren antes del Gran Trono Blanco son resucitados y por tanto (al final del Milenio, después del Gran Trono Blanco) tienen cuerpos nuevos. Entonces, sólo los santos gentiles que pasan vivos del Milenio a la eternidad necesitarán de la sanidad de la “enfermedad” del pecado en sus cuerpos. El fruto del árbol les dará vida, pero será vida eterna en un cuerpo pecaminoso (exactamente lo que Dios quiso evitar en Génesis 3.22). Así que, las hojas del árbol sirven para la “sanidad de las naciones”—para sanarles la enfermedad del pecado (para quitarles la naturaleza pecaminosa). Sólo de esta manera podrá morar la justicia en la tierra y en los cielos nuevos. Hay que quitar todo el pecado, sanar a los pecadores y dejarlos poblar todo el universo con “la justicia” fructificando, multiplicándose y llenando los planetas con sus hijos “justos”.

Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. [2Ped 3.13]

Los ángeles caídos

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. [Apoc 20.13]

El “mar” que entrega a los muertos que en él hay es el segundo cielo, el universo (entre las aguas de arriba y las de abajo, según Génesis 1.6-8). Cuando Dios hizo la expansión entre las aguas (la expansión que se llama “cielos” porque consta del primero, nuestra atmósfera, y el segundo, el espacio), las aguas se quedaron arriba y abajo de la expansión.

Alabadle, cielos de los cielos, Y las aguas que están sobre los cielos. [Sal 148.4]

Al que extendió la tierra sobre las aguas, Porque para siempre es su misericordia. [Sal 136.6]

Todo lo que hay desde las aguas arriba hasta las aguas abajo se llama “el mar”. Este es el mar en donde Leviatán (Satanás) anda.

¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo, O con cuerda que le echas en su lengua? ... Hace hervir como una olla el mar profundo, Y lo vuelve como una olla de unguento. En pos de sí hace resplandecer la senda, Que parece que el abismo es cano. [Job 41.1, 31-32]

El mar es el mismo abismo, el segundo cielo y la expansión debajo del tercer cielo (Gen 1.2). En este “mar”, además de Leviatán, andan seres innumerables (demonios; los ángeles caídos de Satanás) y aun “naves” (¿serán los OVNI?).

He allí el grande y anchuroso mar, En donde se mueven seres innumerables [demonios en el espacio], Seres pequeños y grandes. Allí andan las naves [en el espacio]; Allí este leviatán que hiciste para que jugase en él. [Sal 104.25-26]

En el momento del juicio del Gran Trono Blanco, cuando Dios destruya la tierra y el cielo, el “mar” entregará a estos muertos que hay en él.

Además de los ángeles caídos que el mar entregará, hay otros que están en prisiones de oscuridad esperando el día del juicio final.

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio. [2Ped 2.4]

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. [Jud 6-7]

Estos son los hijos de Dios que, en Génesis 6, tomaron cuerpos físicos (o sea, “abandonaron su propia morada” espiritual) para cohabitar con las hijas de los hombres. Ellos también serán juzgados en el juicio del Gran Trono Blanco. Así que, tanto los ángeles caídos que todavía andan sueltos en el “mar” como los que están en prisiones de oscuridad, todos serán condenados al fuego eterno que Dios preparó para ellos hace mucho.

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. [Mat 25.41]

En Apocalipsis 20.13-14, además del “mar”, se menciona “la muerte”—que la muerte entregará los muertos que hay en ella. La muerte en este contexto es un lugar, exactamente como el Seol o el Hades es un lugar. La muerte aquí se refiere a un lugar en “lo profundo de la tierra”, un lugar que se llama también “la fosa”.

Sobre su ruina habitarán todas las aves del cielo, y sobre sus ramas estarán todas las bestias del campo, para que no se exalten en su altura todos los árboles que crecen junto a las aguas, ni levanten su copa entre la espesura, ni confíen en su altura todos los que beben aguas; porque todos están **destinados a muerte, a lo profundo de la tierra**, entre los hijos de los hombres, con los que descienden **a la fosa**. [Ezeq 31.13-14]

La muerte (el lugar, no el evento en la vida de uno) queda en el mismo Seol (que se llama “Hades” en griego; Ezeq 31.15). La fosa tiene lados (Ezeq 32.23) y también tiene que ver con el Seol (Ezeq 32.21). Está en “lo profundo de la tierra” (Ezeq 32.18; todo el pasaje y el contexto: Ezeq 32.17-23). Esta fosa (el lugar llamado “la muerte”) también se llama “el pozo del abismo” (Apoc 9.1-3). La fosa, el pozo y el abismo (este lugar “la muerte”) parecen ser la misma “sima” entre el seno de Abraham y el infierno (Luc 16.26). Este lugar tiene puertas cerradas con llave, y Cristo tiene la llave (Apoc 9.1-2 con Apoc 1.18). Ver el Apéndice D para un gráfico de todo esto y también un poco más de explicación.

Parece que los cristianos participaremos de alguna manera en el juicio de los demonios.

¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida? [1Cor 6.3]

Nosotros somos los nuevos “hijos de Dios” en Cristo Jesús, y es en parte por esto que vamos a juzgar a los otros “hijos de Dios” que estamos reemplazando. Los otros hijos de Dios (que son ángeles) cayeron cuando se rebelaron con Lucero en la brecha de entre Génesis 1.1 y 1.2. Perdieron su lugar en el plan

eterno de Dios. Ahora, en la época de la Iglesia, Dios está llamando afuera a otros “hijos de Dios”. Además, por lo que dice Romanos 11.25, parece que Dios está esperando un número específico (o por lo menos un número mínimo) de hijos de Dios por alguna razón. Una vez que lleguemos al número predeterminado, ya ha entrado la “plenitud de los gentiles” y el arrebatamiento puede suceder en cualquier momento. Parece, entonces, que Dios va a reemplazar a los hijos de Dios que cayeron (ángeles) con nosotros, los nuevos hijos de Dios (aunque no seremos ángeles). Puede ser que los nuevos juzguemos a los caídos.

Además, puesto que ellos (los demonios) han sido nuestros enemigos durante nuestro tiempo aquí sobre la tierra (Ef 6.12), puede ser que Dios quiera que los juzguemos. Ellos “nos fregaron la vida” y en el juicio nuestro Padre nos permite “devolverles el favor”. Como sea que salga, este juicio no será para decidir la culpabilidad de los ángeles caídos porque esto ya se decidió hace tiempo, en la brecha de Génesis 1.1 y 1.2. El último juicio de los ángeles es para determinar su sentencia, el nivel de castigo en el lado de fuego, porque algunos recibirán mayor condenación (por ejemplo: Mateo 23.14). Entonces, hay diferentes niveles de tormento y castigo en el lago de fuego y, puesto que Dios es un Juez Justo, lo que uno recibe dependerá de sus obras.

La naturaleza del juicio del Gran Trono Blanco

11 Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.

12 Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

13 Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.

14 Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

15 Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. [Apoc 20.11-15]

El juicio del Gran Trono Blanco (v11) es “el juicio final” en el cual todos creen y según Judas 6, es el “juicio del gran día”. Habrá dos etapas de este juicio (o sea, dos partes). Primero, se abrirá el libro de la vida para ver quienes de todos se hallan inscritos en él. Los que, sí, se hallan inscritos pasarán a la eternidad para comer del fruto del árbol de la vida (v15). Los que no se hallan inscritos en el libro de la vida se quedarán para ser juzgados en la segunda etapa del juicio del Gran Trono Blanco.

La segunda parte de este juicio, entonces, se trata de las obras de uno que se escribieron en “los libros” (v12-13). O sea, la gente que no se halla inscrita en el libro de la vida será juzgada por sus obras. Dios es justo, entonces pagará a cada uno conforme a lo que ha hecho (Rom 2.6-11). Juzgará a los judíos según su obediencia a la ley de Moisés (Rom 2.12-13) y juzgará a los gentiles (a los que no tienen la ley escrita en tablas de piedra) conforme a su obediencia a la ley de sus conciencias—la ley moral de Dios escrita en sus corazones. Así que, Dios no condenará a nadie simplemente porque “nunca ha oído”. El problema no es que “no hayan oído” sino que nadie ha obedecido a la ley siempre, ni el judío ni el gentil. La persona que confía únicamente en sus obras (“ser buena gente”, etc.) está condenada. Es por esto que todos los que se hallarán en la segunda etapa del juicio del Gran Trono Blanco (o sea, todos los que no se hallarán inscritos en el libro de la vida—todos los que estarán confiando en sus obras para salvación) serán lanzados al lago de fuego (v15). La triste realidad es que con la primera falla (no importa qué tan pequeña sea), uno se condena porque para entrar en el reino eterno de Dios tiene que ser moralmente perfecto. Entonces, la primera vez que un judío viola el más pequeño mandamiento de la ley de Moisés,

está condenado y necesita de un Salvador. El gentil que, por primera vez, transige en cuanto a lo que le dice su conciencia (la ley moral de Dios escrita en su corazón), ya está condenado.

Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. [Gal 3.10]

Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. [Stg 2.10]

Es por esto que Dios dijo en Juan que el hombre no tiene que hacer nada para condenarse. Ya está condenado. Lo que debería hacer es creer en Cristo Jesús, el Salvador del mundo—o sea, debe arrepentirse de sus pecados y poner su fe en el Señor Jesucristo para salvarlo.

El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. [Juan 3.18]

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. [Juan 3.36]

Lastimosamente, muchos quieren seguir en las obras que les gustan—obras malas, carnales y pecaminosas.

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. [Juan 3.19-20]

En resumen, el juicio del Gran Trono Blanco es el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a los siervos de Dios y de destruir a los que destruyen la tierra (Apoc 11.18). Las obras de las personas en cada uno de los cinco grupos les seguirán hasta este juicio y Dios retribuirá a cada uno conforme a Su justicia (Apoc 14.13). Entonces, ¡ay de aquel que está confiando sólo en sus obras para entrar en el cielo (Apoc 22.15)! El juicio del Gran Trono Blanco es el gran “colador” a través del cual la gente tiene que pasar para tener derecho al árbol de la vida (Apoc 22.2).

Después de todo habrá gente en la eternidad que habrá recibido la vida eterna de tres diferentes maneras. Primero, los santos de la Iglesia recibimos la vida eterna como una dádiva. Para nosotros, la salvación y la vida eterna son gratuitas, por fe más nada. Es un don de Dios.

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. [Rom 6.23]

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. [Ef 2.8]

Los santos que pasarán por el juicio del Gran Trono Blanco (los santos del Antiguo Testamento, los de la Tribulación y los del Milenio) “comerán” la vida eterna.

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. [Apoc 22.14]

Además, los niños que nacerán en la eternidad de los que hayan tomado del árbol de la vida “heredarán” la vida eterna de sus padres (naciendo conforme a la imagen de sus padres, y a su semejanza; vea, por ejemplo, Génesis 5.1-3).

¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán **herederos** de la salvación? [Heb 1.14]

CONCLUSIÓN

En este capítulo analizamos los siete juicios principales que se mencionan en la Escritura. Empezamos con el de Satanás que tomó lugar en la brecha de Génesis 1.1 y 1.2, y terminamos viendo el juicio del Gran Trono Blanco, el último juicio antes de la nueva creación y la eternidad.

Tres de estos siete juicios nos tocan a nosotros, los cristianos (los santos de la época de la Iglesia). Primero, en el juicio del pecado en la cruz, Dios juzgó nuestro pecado en Cristo. Esto quiere decir que ya fuimos juzgados como pecadores y por lo tanto, por los méritos de Cristo, ya tenemos el perdón de todos nuestros pecados (Col 2.13). En segundo lugar, Dios está ahora juzgándonos como los hijos Suyos, castigándonos por nuestro propio bien cuando le desobedecemos (Heb 12.5-11). El tercer juicio que nos toca es el Tribunal de Cristo cuando Dios nos juzgará según nuestras obras—o sea nos juzga como siervos. No es un juicio para determinar si somos salvos o no (esto ya se determinó en el momento de nuestra conversión a Cristo), sino que es un juicio para determinar nuestra recompensa de herencia para la eternidad. ¿Cómo está viviendo usted, entonces? ¿Está viviendo para hoy o está viviendo para el Tribunal de Cristo?

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. [2Cor 5.10]

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. [Flp 3.13-14]

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz. [2Ped 3.11-14]

La Línea de Tiempo de los 7 Juicios

